

Shiro Kano

La fidelidad sin importar el precio

por

Alice Spangenberg

Editado por

Merritt Nielson

2019-20 MNI
RECURSOS EDUCATIVOS MISIONEROS

Libros

TRACY SAHIB,
SIERVA DE CRISTO EN LA INDIA
por Olive G. Tracy
Editado por R. Franklin Cook

SHIRO KANO
LA FIDELIDAD SIN IMPORTAR EL PRECIO
por Alice Spangenberg
Editado por Merritt Nielson

LO QUE COMIENZA AQUÍ
TRANSFORMA EL MUNDO
por Debbie Salter Goodwin

Shiro Kano

La fidelidad sin importar el precio

por

Alice Spangenberg

Editado por

Merritt Nielson



**NAZARENE MISSIONS
INTERNATIONAL**

Copyright © 2019
Nazarene Publishing House
Primera impresión, 1948
Edición revisada, 1963
Tercera impresión, 1989, revisada y condensada por Helen Temple
Edición revisada, 2019, revisada y actualizada por Merritt Nielson

ISBN 978-1-56344-919-2

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente publicación, su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el previo consentimiento por escrito del editor. La única excepción son citas breves en revistas impresas.

Diseño de portada: Darryl Bennett
Foto de portada: Shutterstock
Diseño interior: Darryl Bennett

Tabla de Contenidos

Introducción	7
Prefacio	9
Prefacio original	13
Capítulo 1 “El Niño Tifón”	15
Capítulo 2 “Maravillosas palabras de vida”	23
Capítulo 3 El llamado de su emperador.....	31
Capítulo 4 Nuevos Senderos.....	35
Capítulo 5 Llegada	39
Capítulo 6 Nuevo mundo	43
Capítulo 7 El sudor de su frente	49
Capítulo 8 Los negocios de su padre	55
Capítulo 9 Discurso	57
Capítulo 10 La universidad	63
Capítulo 11 “¿La mamá de quién?”.....	69
Capítulo 12 Valle de la Decisión	73
Capítulo 13 La gran decisión	79
Capítulo 14 Estados Unidos, despedida	83
Capítulo 15 Triunfo	89
Epílogo	93
Conclusión	97
Una retrospectiva: ¡Hagamos algo al respecto!	101

Introducción

Esta historia real, cuyos detalles han sido totalmente autenticados, “supera a la ficción”. Ha sido un privilegio conocer tanto al “peregrino oriental” como a la autora. La historia fue escrita con precisión y belleza por alguien que combina la genialidad además de un conocimiento íntimo del tema que trata el libro. Cualquiera persona que tenga aprecio por el estilo clásico de la escritura leerá y admirará esta historia por su carácter narrativo. Los jóvenes con nobles aspiraciones y anhelos espirituales serán inspirados. La persona madura será invitada a profundizarse en su devoción por Cristo y su causa.

Esta biografía delinea claramente las virtudes de alguien que poseía un verdadero carácter cristiano. Con la desventaja de cursar sus estudios universitarios en un idioma desconocido, Shiro Kano finalizó el trabajo de cinco años en cuatro y fue el *salutatorian* de su clase. En su primer año, el apoyo financiero que recibía fue interrumpido por la guerra, pero gracias a su cuidadosa diligencia y frugalidad fue abriéndose su propio camino. Confrontado por muchos obstáculos que parecían insuperables, siempre fue optimista, alegre y sonriente. Aunque era extremadamente popular, se mantuvo bajo una estricta disciplina y nunca trajo vergüenza así mismo ni a los demás. Aunque tenía muchas responsabilidades, nunca permitió que su fervor espiritual menguara; y ante el peligro, nunca le faltó la valentía. Le tocó desafiar la orden del emperador de inclinarse ante el santuario sintoísta¹ y pidió la repatriación antes de menoscabar en cualquier

grado su oportunidad de predicar el mensaje cristiano en Japón. Hasta el final de sus días, se dedicó a su “visión celestial” para contarle a su pueblo la historia del evangelio porque muchos de ellos no lo conocían.

En mi experiencia, conocí a Shiro como un caballero cristiano amable y leal. Él fue un verdadero estandarte del servicio misional, un milagro de la gracia redentora, un pecador ladrón convertido en un brillante santo de Dios.

Gracias a esta historia, Shiro Kano continúa viviendo entre los hombres a pesar de que su cuerpo se encuentra en una tumba desconocida. Es muy posible que al contar su historia, el trabajo que hizo en vida pueda llegar a ser completado. “Por eso, aún estando bajo tierra, él aún habla”.

Me uno a todos los que leerán este mensaje para expresar mi deuda de gratitud con la autora, “su profesora de inglés”.

“El presidente de la universidad a la que asistió”

G. B. Williamson (1948)

Prefacio

Un salón de clase lleno estudiantes cursando el programa de literatura esperaba a su profesora. Un nuevo semestre, un grupo de libros nuevos para reflexionar, y verdades que asimilar. Ella entró, diminuta de estatura, con gafas sin aro, y cargando en sus brazos libros y carpetas de apoyo para su clase. Una breve sonrisa, una bienvenida y manos a la obra. Todos habíamos tenido a la “Profe. Span” en las clases de escritura y literatura estadounidense. Conocíamos su estilo. Exigente y muy completa. Nadie se escapaba de su forma de indagar incisivamente. Ella esperaba que en su clase hubiera académicos rigurosos, que al salir estuvieran preparados para sus estudios de posgrado. No permitía intelectuales a medias.

Este curso en particular se centró en la novela como género literario. Alice Spangenberg era su nombre completo, una de varias personas que ejercieron una importante influencia en la academia en el campus de *Eastern Nazarene College* cuando este llegó al medio siglo de existencia; a ella le acompañaron personas de renombre como la profesora Bertha Munro, la doctora Louise Dygoski, profesora de discursos, y la doctora Ruth Cameron, de literatura inglesa. No había conflicto entre exigir un alto rendimiento académico y que a su vez este acompañara una fe y práctica cristiana rigurosas. Una exploración completamente honesta de las grandes ideas del intelecto humano y la imaginación, junto a una exposición cruda al miedo y la desesperación, el fracaso y el éxito, el amor y la alienación, la elección y el

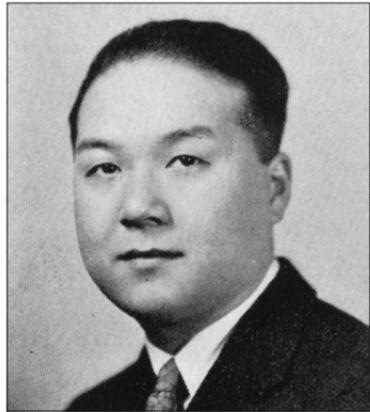
destino, que se encontraban en algunas de las novelas más importantes en el mundo: Coleridge, Austen, Scott, Dickens, Eliot, Twain, Hardy. Conocimos sus nombres casualmente, pero bajo el escrutinio de la fe cristiana, propusieron ideas importantes que ayudaron a iluminar la condición humana al centrarse en nuestras esperanzas y penas. Nos enseñaron a leer críticamente y aprendimos el estilo de prosa único de la Profe. Span, caracterizado por oraciones completas, cuidadosamente compuestas y frases directas redactadas en forma de *staccato*.

Dentro del contexto de sus clases, y a partir de las notas de clase que Alice Spangenberg preparaba para compartir durante sus excursiones improvisadas, a menudo escuchamos fragmentos de primera mano sobre la historia verídica, y sin elementos ficticios, de Shiro Kano. Ella compartió la forma dramática en que Shiro decidió darle un giro a su vida al aceptar a Cristo en su Japón natal y cómo esto le llevó a buscar más oportunidades de estudios en los Estados Unidos, incluso en medio del sonido de tambores de guerra que resonaban en un constante crescendo en Europa y el Lejano Oriente. Había llegado a *Eastern Nazarene College* a fines de la década de 1930 para estudiar para el ministerio, un joven de otra cultura, idioma y antecedentes religiosos.² Repentinamente, no mucho después de convertirse al cristianismo, se vio obligado a tomar decisiones llenas de dolor que marcarían un destino conmovedor para este joven. Además de ser su profesora, ella fue su mentora y tutora; él, se consideraba su devoto alumno y respetuoso amigo. La relación que ellos tenían era sin par, pero que llegaría a interrumpirse debido a las realidades crueles de la guerra.

Su historia personal estuvo llena de preservación y de una vida digna de honor. Es por esto que, la “Profe. Span”, publicó la biografía titulada “*Oriental Pilgrim*” (El Peregrino de Oriente).³ Varias décadas

después apareció una segunda edición revisada, editada y condensada por Helen Temple para una nueva generación de lectores. Aunque fueron escritas hace casi tres décadas, las palabras refinadas de la Sra. Temple confirman que esta ha perdurado aún hasta nuestros días.

Este volumen es la tercera encarnación de la asombrosa, y al mismo tiempo fascinante descripción de la familia y la fe, humor y tristeza,



Shiro Kano en el *Nautilus*
(Anuario de Eastern Nazarene College)

transformación y tragedia de Shiro Kano; y ha sido revisado y actualizado en esta edición por uno de los últimos estudiantes de Alice Spangenberg para conservar la historia de Shiro para una nueva generación. Le guardo una deuda de gratitud a las clases impartidas por la “Profe. Span”, ya que ella me desafió e inspiró a mejorar mis habilidades críticas de escritura hasta que finalmente recibí una codiciada “A” por el artículo que escribí sobre Jane Eyre. No obstante, me parece que su legado más importante fue su afán de preservar para la posteridad esta historia de vida inimaginable.

Si mal no recuerdo, mi primer contacto con la historia de Shiro Kano no sucedió en el salón de clases de la “Profe. Span”. Ocurrió durante mis años de infancia cuando su nombre se oía mencionar ocasionalmente en las conversaciones que mi padre sostenía con uno de sus conocidos, que resultó ser uno de los compañeros de clase de Shiro en *Eastern Nazarene College*. He conocido la historia indirectamente durante muchos años, y ahora directamente después de revivir y reelaborar este relato original del viaje en el que Dios dirigió a Shiro

Kano desde Kyoto, Japón a Quincy, Massachusetts y de regreso a Kyoto nuevamente.

En esta biografía descubrirá temas que trascienden el género de lectura de libros misioneros. Estos temas nos llegan en un tiempo propicio mientras examinamos nuestro mundo contemporáneo y buscamos respuestas a temas como el honor familiar, el valor que se necesita para hacer resistencia cuando pelagra la conciencia, la lealtad al país, la legitimidad de la guerra, campos de concentración rodeados de alambre espigado para detener a ilegales, allanamientos del FBI y relaciones rotas. Sin embargo, más allá de todos estos temas, se exalta la gloria del Salvador de la humanidad, que puede tomar en sus manos la vida a un ladrón y estafador y transformarlo en un poderoso testimonio del evangelio.

Les invito a leer el prefacio original que Alice Spangenberg escribió en *Oriental Pilgrim* (el Peregrino de Oriente) y luego, el posfacio inspirado por el epílogo escrito por la inimitable Helen Temple. Los libros misioneros escritos por Helen Temple, inspiraron a muchas generaciones de nazarenos. Espero que esta adaptación más reciente de la historia de Shiro Kano transmita la intensidad y el poder del original.

Por lo tanto, permítame ofrecerle la oportunidad de conocer a Shiro Kano, caballero y erudito cristiano, y regocijarme en el poder de Dios no solo para transformar una vida, sino para preservar a quién él ha redimido en cualquier circunstancias y bajo cualquier condición, (Helen Temple)

Merritt J. Nielson

Lenexa, Kansas (EUA) 2018

Esta es la historia real de uno de mis ex-alumnos, el reverendo Shiro Kano de Kyoto, Japón.

Prefacio original

El Dr. Allen E. Woodall, quien en una clase de composición en la Universidad de Boston en el verano de 1946, declaró: “¡La historia de Shiro Kano debe contarse en su totalidad!” Indudablemente le ha dado el impulso final a la redacción de esta biografía. Sin embargo, mi cercanía con Shiro Kano durante casi cinco años como su tutor privado, instructora y asesora me colocó en una posición que me hizo entender que la historia de su vida no debería morir. Esta convicción ha sido afirmada por la lectura cuidadosa de sus cartas, diarios y otra información importante que dejó en mi poder.

Más de 60 amigos de Kano me ayudaron a corroborar la información y aportándome datos. A cada uno de ellos les tengo una deuda personal. Aunque por falta de espacio no podríamos enumerar todos los nombres, las siguientes personas merecen un reconocimiento especial: el presidente de la universidad a la que asistió Kano, el Dr. GB Williamson; su misionero estadounidense, el Dr. William A. Eckel; sus profesores, el Dr. S. S. White y el Dr. Ralph Earle; sus ex compañeros de clase, el Rdo. Franklyn Wise, el Rdo. Roland Stanford, el Rdo. George Rice y el Rdo. Stephen Bennett; su amiga de Michigan, la señora Miriam DeHaan, de Kalamazoo; y sus colegas ministros en Japón, el Rdo. Nobumi Isayama y el Rdo. Zenichi Murakami. Por su valiosa ayuda en la traducción de los diarios, mi sincero agradecimiento al Rdo. Hiroshi Izumi. Por su crítica constructiva de los contenidos, agradezco al Dr. Samuel Young y al Dr. Leonard Spangenberg.

Si esta obra logra transmitirle al lector una pequeña parte de la fe y del espíritu indomable de Shiro Kano; su consagración absoluta a Dios y su pasión sacrificial por presentarles el cristianismo a sus compatriotas, entonces la redacción de la historia de su vida no habrá sido en vano.

Alice Spangenberg
Wollaston, Massachusetts

Capítulo 1

El Niño Tifón

Ryu Kano se aferró al brazo de su hijo de 15 años, Shiro, mientras bajaban por una calle concurrida en Kioto, Japón, una noche de octubre de 1926. A diferencia de todos los demás, ellos se paseaban en medio de la calle. Con dificultad, la madre se aferró al robusto joven adolescente que irradiaba más vida y espíritu del que ella tenía fuerzas para controlar. El potro salvaje dentro de él quería desatarse.

“Madre, ¿por qué esquivar los carros y *jinrikishas*?” Shiro preguntó. “Caminemos por la acera como todos los demás”.

Ryu siguió aferrada de su brazo. Ella no podía mantenerlo lejos del alcance de los artículos en los bazares que se encontraban en la acera. Con demasiada frecuencia, había usado sus ágiles dedos para tomar lápices, libros, baratijas e incluso pepinos y luego los insertaba entre los pliegues de su ropa. Kano le había causado vergüenza a su familia por practicar el hurto.

Pero había otra razón por la que ella se aferraba al brazo de su hijo bribón. Ese mismo día, por primera vez en sus 15 años, había pedido asistir a Otera (templo budista) para buscar la benevolencia del honorable Buda en su vida. Ryu casi había desgastado su vida yendo de templo en templo, mañana y tarde, con la esperanza de llamar la atención del gran Buda a favor de su hijo descarriado. Ella

buscaba consuelo en el esplendor y la gloria de *Higashi Hongangji* (Templo del Este): que se caracterizaba por su procesión sacerdotal y por el incienso que solía ascender entre las flores de loto doradas en el altar al Buda masivo y a su vez tranquilo. Como un espíritu, ella deambulaba sobre el templo *Ginkakuji* —con paredes cernidas de plata—, había respondido⁴ al llamado a la oración cuando repicaba la enorme campana *Chionin* y había subido muchos escalones en la empinada colina de *Otowayama* para llegar al Templo *Kyomidzudera*. Junto a otros peregrinos, y mientras sostenía un rosario, ella recitaba una y otra vez las palabras, “Eterno Buda, sálvanos”.

El Niño Tifón

Muchas veces se preguntó qué había hecho mal al criar a este niño tan travieso, tan diferente a sus otros cuatro. Los dioses parecían sonreírle a su hijo mayor ya que era hábil en los negocios, sabio y recto; su siguiente hijo, tranquilo y fuerte; el tercero, lleno de gracia y muy amable; su única niña, tierna y dócil. Tiempo después, 13 años desde el nacimiento de su cuarto hijo para ser exactos, llevó en sus brazos, a su tranquilo jardín, a este hijo del fuego, del terremoto y del tifón.

Desde el principio, él había sido diferente al resto. Sus pequeños pies volaban en busca de más travesuras de las que ella jamás se hubiera imaginado que a un niño se le pudieran ocurrir. Él tenía una voz fuerte y clara, y a veces vibraba con burla y desprecio. A veces todo su cuerpo se sacudía con mucha algarabía. Su vista se paseaba por todas partes de manera perspicaz, buscando, analizando, y sin dejar pasar por alto ningún detalle. Su “Niño Tifón” creció y se convirtió en un niño muy bueno o muy malo. Nunca hizo nada a medias.

Mientras Ryu encaminaba a su hija más pequeña al templo, pensaba en que no solo su padre y ella habían fracasado en la crianza de

su hijo problemático. En gran medida, habían depositado su confianza en los maestros de la escuela para reformarlo. Los ideales de conducta establecidos en *el Rescripto Imperial*⁵ sobre la educación de los estudiantes eran bastante claros:

Compórtese con modestia y moderación, extienda su benevolencia a todos; vaya en pos del aprendizaje ... desarrolle facultades intelectuales y poderes morales perfectos; además, promueva el bienestar público y acate las leyes.

Sin embargo, el gran rescripto tenía las mismas facultades para controlar los descarríos más tempestuosos del hijo de Ryu, el Niño Tifón, que los que tenía un manojo de cerezos en flor para bloquear el recorrido de un tornado que se precipitaba sobre la isla Nipón⁶.

Desesperado, finalmente uno de los maestros le reclamó a sus padres: “¡Si tan solo disciplinaran a su hijo Shiro! ¿No pueden hacer nada con él? De alguna manera él entiende sus lecciones; si tan solo se dedicara a sus estudios de la misma manera en que juega béisbol, tendríamos a un genio”.

“ Su "Niño Tifón" creció y se convirtió en un niño muy bueno o muy malo. Nunca hizo nada a medias

Crisis Familiar

Durante el primer año de Shiro en la Tercera Escuela Intermedia Prefectural de Kioto, el director mandó a llamar a los padres de Kano. Mientras veía los rostros llenos de angustia de estos desdichados padres, sus palabras fueron pocas y finalmente emitió las siguientes palabras de manera imponente: “Su hijo Shiro ya no puede continuar asistiendo a nuestra escuela. Lamentamos esta acción, pero es una necesidad”.

Las escuelas públicas lo habían expulsado. ¿Y ahora qué? Al final de cuentas, la familia Kano acudió a un viejo amigo, el Sr. Nagasaki, quien trabajaba en una abarrotería; el llevó a Shiro a su casa y le dio un trabajo de cajero.

Sin embargo, el tendero de Kyoto finalmente tuvo que avocarse a la familia Kano para expresarles su frustración. “No sé qué más hacer con él”, les dijo. “Lo traté una y otra vez, pero después de dos años, me rindo. Esperaba reformarlo. Pero las quejas de los tenderos; además de los libros apilados en cada rincón de su habitación me hacen pensar que sus viejos hábitos todavía lo controlan. ¡Libros! Más libros de lo que su salario y su mesada podrían comprar”.

El ex-jefe de Shiro dio una media vuelta y se despidió.

Inmediatamente Katsuzo, el hijo mayor, se encargó de la situación. Entró con ímpetu en la casa. “¡Shiro! ¿Dónde está ese bribón? Nos ha deshonrado. ¿Qué hemos hecho para recibir el castigo de los dioses de esta manera? Tomó a Shiro del hombro y lo miró directamente. “Quiero que hagas una lista de *todas* las tiendas de las que tomaste aunque sea un libro sin pagar. Por favor, por el honor familiar y el favor de los dioses, cuéntamelo todo. Mañana, tú y yo vamos a visitar cada tienda y vamos a pagar lo que se debe. Dime también dónde tienes la otra mercancía y de dónde la sacaste”.

Era casi impensable decirle “no” a una persona como Katsuzo Kano, quien era director administrativo de los grandes almacenes, *The Watanabe Shoten*, Ltd., en Kyoto, Japón. Shiro sentía una grave vergüenza por enfrenar la terrible experiencia de ser llevado por su hermano mayor de tienda en tienda para enmendar todos los daños y perjuicios que había causado en esos comercios. ¿Y cómo podría recordar todas las cosas que había llevado a casa en cinco años?

Aparentemente, la familia había fracasado criando al menor de los hermanos. El Rescripto Imperial Japonés de educación y el liderazgo de diferentes escuelas le habían dado la espalda a Shiro. El amigo de la familia, Nagasaki, en frustración terminó sacándolo. La crisis había llegado, no solo para la familia, sino también para el joven infractor.

En búsqueda de Dios

Doce años después, Shiro Kano compartió la búsqueda de su alma tras el Dios verdadero:

Quando tenía 15 años, era un niño problemático en mi comunidad. Una tarde estaba sentado en la entrada de mi casa pensando en mi futuro. De repente me di cuenta de cuán mala era mi conducta y me avergoncé. En las escuelas, me enseñaron cómo debería comportarse un japonés, pero no tenía poder para hacer lo que debía hacer y ser quien debía ser. Por medio de libros y documentos y por radio comencé a aprender sobre las diferentes experiencias religiosas, y quería entender las cosas espirituales. Por supuesto, yo era demasiado joven para descubrirlo por mí mismo, así que acudí a mi madre.

“Madre, sé que a tus ojos no soy bueno, pero quiero ser bueno, ¿Vas a ir a *Otera* esta noche?”

“Shiro, ¿qué quieres decir?” Ella estaba gratamente sorprendida. “Sí, voy a ir esta noche, ¿Qué es lo que quieres saber?”

“Madre, quiero ir a *Otera* contigo”. Comencé a llorar y continué diciendo: “Quiero ser bueno. ¿A caso podrá salvarme *Hotoke-sama* (Buda)?”

Mi madre no dijo nada, solo asintió.



Ryu Kano, la madre de Shiro, con la hija de su hijo mayor, Katsuzo

El gran Hotoke-sama

“Esa noche fui a *Otera* con mi madre. Fue la primera vez en mi vida en que entré a un edificio religioso. Por supuesto, yo era un extraño, así que seguía a mi madre y hacía todo lo que ella hacía. A las siete en punto las personas se reunían frente a la gran imagen de *Hotoke-sama* (Buda). Frente a él había muchas velas grandes encendidas e innumerables adornos y decoraciones. El incienso ardía y el humo se elevaba y alejaba lentamente. El ambiente era perfecto

para meter a cualquier persona en una atmósfera religiosa. Sentía que la imagen de *Hotoke-sama* estaba viva, y lo adoré.

“Pronto apareció un sacerdote, vestido con una túnica púrpura y una bufanda dorada, seguido de tres asistentes con túnicas rojas. Se sentó frente a la imagen sosteniendo un abanico. Al principio, inclinaron la cabeza solemnemente ante la imagen y la adoraron, y luego comenzaron a leer el libro de oraciones. Algunos de los fieles budistas que conocían el canto les acompañaron. Otros cerraron los ojos y escucharon. Todo me era muy extraño, y no podía entender lo que el sacerdote decía acerca de la salvación a través de *Hotoke-sama*”.

Hotoke-sama, no es tan fuerte

“Francamente, le dije a mi madre: ‘No sé lo que dice el sacerdote ante la imagen de *Hotoke-sama*. Las historias son imposibles de creer.

Si lo que dijo es cierto, el mundo era mucho mejor hace miles de años que ahora', lloré".

"Shiro, no necesitas preocuparte y pensar así. Pronto comprenderás lo que él predica", dijo. "Vamos a asistir a *Otera* todas las noches hasta que lo entiendas".

Sabía que su estado de salud era deficiente, y que ir a *Otera* todas las noches para ayudar a asegurar la salvación de su hijo representaba un gran esfuerzo para ella.

"A partir de esa noche, junto a mi bondadosa madre, comenzamos una peregrinación que duró tres meses. Poco a poco iba entendiendo el mensaje central del sacerdote. Él creía que las personas existían antes de esta vida presente, y que el sufrimiento en esta vida es consecuencia de cómo habían vivido sus vidas anteriores. Si sufrían en esta vida presente, es porque no habían sido buenos en sus vidas anteriores. Entonces, concluí que de acuerdo con esta doctrina, un niño desobediente y ladrón como yo había de haber sido uno de los principales enemigos públicos en mi vida anterior.

"Esta enseñanza es pesimista", pensé.

"Quiero ser bueno, pero esta religión no me enseña cómo. No ofrece nada para la vida presente. Así que la abandoné".

Evidentemente, la adoración que Shiro le ofreció al gran Buda no pudo ayudarlo a vencer los pequeños impulsos que hacían

que sus dedos tomaran lo ajeno. Quizá se llevó consigo a más de un dios de bronce del altar del templo. A más de un peregrino le tocó caminar a casa sin zapatos porque Shiro no pudo resistirse a robar algunos de los zapatos que los fieles del gran Buda de forma desprevénida los dejaron afuera.

**Quiero ser bueno.
¿A caso podrá salvarme
Hotoke-sama
(Buda)?**

Con el corazón aún insatisfecho, el joven curioso buscaba purgar su alma en el altar de *Shinto*. “Una mañana me levanté temprano y fui a *Jinja*, el santuario sintoísta. Era pulcro, sin decoraciones y rodeado de bosques. Todos podían sentir la pureza de un ambiente tan espiritual. Según la costumbre, me arrodillé y adoré las almas de los ancestros japoneses y el alma del universo. Eso fue todo.

“Pero ni el budismo ni el sintoísmo, las dos religiones principales de Japón, podían darme lo que estaba buscando. Le di la espalda a la religión por completo y volví a mi vida antigua”.

En profunda desesperación, Shiro se acercó nuevamente a su madre.

¿Cómo pueden responder los dioses, madre? No tienen ojos para ver, ni oídos para oír. Me he traído algunos de ellos a casa de los templos. No son muy diferentes a un juego o un libro. No puedes jugar con ellos ni leerlos. ¿Por qué ir al templo? ¿Qué hay allí? El sacerdote dice, Adora a *Hotoke-sama* e irás al paraíso. ¿Dónde está el paraíso? ¿Dónde está Tokio? Creo que tengo clara la respuesta”.

Capítulo 2

Maravillosas palabras de vida

Una vez más, Ryu Kano había persuadido a su hijo menor para que la acompañara al santuario. Mientras se acercaban al templo, con tonos graves, la campana entonaba las palabras que llevaba inscritas en su borde: *al nacer, debes morir, y cuando naces, ya estás muerto; y solo en la muerte, te alegras de estar en reposo.*

Luego, muchas campanas más comenzaron a resonar el estribillo.

De repente, el sonido de una trompeta atravesó el repique de las campanas. El sonido, fuerte y claro, atrajo a Shiro como si fuera un imán y se apartó del lado de su madre.

La diferencia: “Vida”

En una esquina, un grupo de cristianos entonaba las palabra del canto “*Wonderful Words of Life*” (Bellas palabras de vida). Con fuerte estruendo las campanas decían, “Solo en la muerte, te alegras”.

“¡Shiro!” Su madre tomó su fuerte brazo. “¡Ven! Es hora de ir al templo”.

Shiro solo sacudió la cabeza.

“¡Ven!” su madre le insistió con mucha gentileza.

“No hay nada allí. Me quedaré aquí”.

No puedes reformar a los tifones, solo pedirle a los dioses que los

controlen. Casi al borde de la desesperación, mejor continuó caminando sola hasta el templo.

Cuando la música se detuvo, un hombre pasó al frente a orar. No había un Buda de bronce, pero parecía como si estuviera hablando con alguien al que conocía muy bien. Después de otra canción, un joven no mucho mayor que Shiro entró en el círculo. Él dijo: “En los templos, los sacerdotes dicen: ‘El peor mal es la vida’. Pero en mi corazón, tengo a Jesús, el único que se atrevió a decir: ‘Yo soy la vida’”.

Las escuelas lo habían repudiado; su empleador lo había echado; toda su familia, todos menos su madre se habían vuelto contra él; y si asistiera a la casa de un dios extranjero, ¿también lo echarían del templo? Sin embargo, había algo acerca de este grupo que lo impulsaba a quedarse con ellos. Los siguió de una esquina a otra. Desde allí podía ver a dónde iban.

Iglesia del Nazareno Kamigo

Era un pequeño edificio modesto. No había campana ni una fuente sagrada afuera del templo. No había estatuas del zorro sagrado ni dioses malignos como guardias en las puertas del santuario. Se detuvo. No, no podía entrar en la casa de un dios extranjero, o eso le habían enseñado.

Sin embargo, el domingo siguiente, ese mismo imán lo llevó a la Iglesia del Nazareno Kamigo, frente al palacio imperial de Kioto. Abrió la puerta y entró. En lugar del barniz rojo y el oro del templo, había pino simple; en lugar de las voces tristes de los sacerdotes que cantaban y de los fieles que respondían, se escuchaban sonidos animados de trompetas y a cristianos que entonaban canciones felizmente.

Uno de los hombres se levantó para orar ante un altar sencillo, sin faroles que iluminaran hileras de dioses de bronce. No había ningún

Buda viendo hacia abajo. En cambio, en las paredes se encontraban inscritas palabras que nunca había visto: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquél que en Él crea no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:16).

Finalmente, alguien se levantó a predicar. En lugar de las caras en forma de máscara de los sacerdotes budistas, esta persona tenía un semblante feliz y amable. Abrió un libro negro. “Mateo 7:13 y 14”, dijo: *“Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; pero angosta es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”*.

Shiro escuchó de una manera que nunca lo había hecho en los templos. Él quería ser uno de esos pocos que encuentran el camino a la vida, y quería saber cómo.

Para el joven adolescente japonés, el sermón del ministro estuvo lleno de “fuego y poder”. Shiro podría sentir como las escenas de su vida pasada lo atormentaban. Las camisas y calcetines que había robado de las diferentes sucursales de los Almacenes Sogo; las baratijas, juguetes, lápices y otras cosas que había tomado de los bazares callejeros; los libros, —nunca le había contado a Katsuzo nada de ellos, ni de los dioses o los zapatos de los feligreses que había robado afuera de los templos. La pesada culpa yacía como un gran peso sobre su corazón.

“Había perdido toda la esperanza en la religión. Incluso llegué a pensar que el cristianismo era probablemente lo mismo que el budismo y el sintoísmo. Cuando hicieron la invitación para convertirse en cristiano, pasé al frente. Ciertamente, el Espíritu Santo me había hablado”.

Amigo, ¿quién es ese Jesús que mencionó el predicador

Le pregunté a un hombre que oró por mí: “Amigo, ¿quién es ese Jesús que mencionó el predicador?” Abrió la Biblia y me habló de Él con pasión. Seguido de eso, oró por mí, y mientras lo hacía, sentí algo que nunca había sentido en las otras religiones. Algo me movía a creer en Jesús. Por fin, decidí hacerlo.

Un hombre me dirigió en oración. Confesé todos mis pecados y acepté a Cristo como mi Salvador. Fue un milagro. Durante tres meses, cada noche había asistido a *Otera*, pero no podía encontrar nada que conquistara mis malos deseos. Me levanté temprano para ir a *Jinja*, pero sentí la pureza de la atmósfera matutina. Cuando fui a la Iglesia del Nazareno solo una vez, avancé, me arrodillé ante el altar y me convertí en una nueva creación en Cristo Jesús.

La familia reacciona

Regresé a casa, eufórico. Mi madre me estaba esperando. ¿Por qué llegas tan tarde? —ella preguntó.

Le dije: “Madre, Jesús, un Dios de la iglesia cristiana, me salvó”.

“Hijo, ¿qué te pasa? ¿Fuiste a la iglesia cristiana esta noche?”

Lloré: “Sí, madre, y me he convertido en cristiano”.

Cuando mi madre escuchó mi confesión, dijo en voz baja con lágrimas en los ojos: “Shiro, lamento mucho escuchar eso. No puedo entender por qué tuviste que elegir una religión de un país extranjero en lugar de escoger tu religión nativa”.

Sin embargo, Ryu Kano sabía que algo le había sucedido a su joven tifón. Bastaba con mirarle el rostro. ¿Pero cuánto duraría la transformación? ¿Podría ser que las oraciones al gran *Hotoke-sama* hayan sido respondidas en la casa del Dios extranjero?

“Tenía la plena confianza de que el Señor había cambiado mi vida cuando lo acepté. Pronto, mis padres y mi familia comenzaron a

darse cuenta de que realmente me había cambiado este Jesús a quien la iglesia predicaba”.

Shiro comenzó a portarse mejor. Cuando entró a los grandes almacenes Sogo para confesar sus robos y pagar sus facturas, el gerente lo reconoció y le ordenó que se fuera; así que mejor le pidió a su pastor que llevara el dinero a la tienda. La transformación de Kano causó una impresión tan fuerte en el gerente de la tienda que le terminó devolviendo el dinero a Kano y hasta contribuyó a la iglesia cristiana en Kyoto. Una mañana el gerente les relató el incidente a sus empleados y señaló cuán poderoso es el cristianismo para convertir a un hombre en íntegro y bueno.

Pasaron los días, luego meses, y la maravilla y el significado de su conversión fueron creciendo. Shiro asistía a todos los servicios de la iglesia y muy pronto se encontraba compartiendo de su nueva fe.

“¿Y ahora qué hacemos?” preguntó su padre. “Somos budistas. Nuestro hijo menor ha abandonado la fe de sus padres. Sin embargo, ¿cómo podemos desear que se cambie su condición actual? Él es una nueva persona. ¿Qué importa que el milagro haya ocurrido en una iglesia cristiana?”

“Deja las cosas como están”, advirtió su hijo mayor. “Mejor sus tradiciones cristianas que sus dedos ladrones que nos trajeron vergüenza”.

La madre de Shiro estaba muy emocionada por su fe cristiana ya que había pasado mucho tiempo orado incansablemente por su hijo en los templos. Cada vez que él le pedía que lo acompañara a un servicio cristiano, ella lo hacía con gusto. Por agradecimiento, ella contribuyó monetariamente para comprarles regalos a los alumnos de la escuela dominical durante la Navidad, y compró un aparato de radio para el pastor.

A la obra

Incluso el director de la Escuela Primaria Nakadachi, quien era un budista devoto y menospreciaba el cristianismo, escuchó acerca de su conversión. Él y la escuela se sentían muy avergonzados por el comportamiento de Shiro. Sin embargo, la transformación de este niño problemático llevó al director de la escuela a felicitar a su ex-alumno. Incluso le regaló una copia encuadernada en cuero del Nuevo Testamento. Al año siguiente invitó al pastor de la Iglesia del Nazareno a compartir una charla con los niños durante los ejercicios de graduación; y hasta animó a todos los niños a asistir a la escuela dominical cristiana.

Por esta época, un misionero estadounidense abrió un salón de misiones en el distrito de Nishijin, famoso por sus industrias textiles de seda. Durante tres noches, los jóvenes de la iglesia de Kioto, Shiro incluido, dirigieron los servicios de adoración y compartieron sus testimonios. Debido a la unción del Espíritu mientras cantaban y daban su testimonio, 75 personas aceptaron a Cristo durante las tres noches.

Mientras reflexionaba sobre aquellos primeros días, uno de estos conversos, John Kawamura, recordó: “No podía orar en lo absoluto, pero Shiro oró por mí. Después de unos días, tenía una plena convicción en Jesús”. Pero hablaremos más sobre John Kawamura más adelante. Las vidas de estos dos jóvenes cristianos japoneses se unirían en los días venideros.



Shiro Kano con su clase de escuela dominical, Tokio, 1936

Capítulo 3

El llamado del emperador

La conversión de Shiro Kano a la fe cristiana significó más que una transformación milagrosa de su vida, tranquilidad para su familia y mayores ganancias para los libreros en Kioto. También marcó el comienzo de un ministerio cristiano activo. Kano estaba firmemente convencido de que, de una manera muy personal, Dios lo estaba llamando para el servicio a tiempo completo, “debo predicar”, decía. “Mucha de mi gente no lo conoce”.

Comenzó a estudiar griego e inglés en *YMCA English School* en Tokio. “Un ministro debe leer el Nuevo Testamento en el idioma original”, dijo, “y muchos buenos libros de teología escritos en inglés no se traducen al japonés. Por lo tanto, debo aprender inglés también”.

Pero recibió otra llamada, que lo llevaría a una dirección diferente. El 30 de abril, en su cumpleaños número 21, se reunió con otros 300 jóvenes del Distrito de Kioto para responder al llamado del emperador para servir dos años de entrenamiento



**Debo predicar.
Mucha de
mi gente
no lo conoce.**

militar obligatorio. Al recordar esta experiencia, escribió: “Oraba a Dios fervientemente todos los días para no pasar las pruebas porque muchos de los cristianos que conocía experimentaron persecución y

abandonaron su fe mientras estaban en el ejército. Así que me puse a orar. Cuando escuché que había pasado todas las pruebas y que estaba en la primera clase, me mareé del miedo”.

El horno ardiente

“Me incorporé al ejército con determinación estoica y recibí la seguridad de Dios de que Él estaba conmigo. Sin embargo, descubrí que la vida militar estaba llena de problemas que iban más allá de mis expectativas. Todos los días fuimos entrenados estrictamente durante seis horas. Además, teníamos práctica toda la noche dos veces por semana; a veces dos días y dos noches sin comida.



Shiro Kano durante su servicio militar forzado, 1932

“Pero para mí, los problemas de la vida del ejército no solo eran físicos sino mentales. Tuve que soportar torturas por mantener mi fe. A menudo, le pedía a Dios porque era ridiculizado por profesar mi fe cristiana. Me preguntaba específicamente sobre la doctrina de la omnipresencia y omnipotencia de Dios, porque como cristiano mi vida en el ejército era miserable.

“Un día, el oficial superior nos ordenó adorar en el santuario sintoísta. Pero como seguidor del Dios verdadero, no podía inclinarme, a pesar de que era la orden del emperador.

“Después de orar intensamente por tres días para que el Señor me ayudara, él me dio su palabra. Me presenté al capitán y le dije: ‘Soy cristiano. Creo que el Creador del cielo y la tierra es el único

Dios verdadero. No puedo adorar a nadie como Dios por encima de nuestro Salvador, Jesucristo. Nos ha dado la orden de ir a adorar al santuario. Como cristiano no puedo hacer eso.

“El capitán guardó silencio. Un oficial al lado del capitán escuchó mi petición y muy enojado me amenazó. Pero yo no estaba dispuesto a ceder”.

Los tres varones hebreos

“Al día siguiente, todo el ejército se reunió ante el santuario. Por supuesto, yo estaba entre ellos, esperando el momento, orando al Señor. En ese mismo momento, recordé la historia de los tres varones hebreos en el libro de Daniel.

“Su Dios es mi Dios. Dios los ayudó, y Él me ayudará hoy, pensé”.

“Pronto sonó la corneta. Todos los soldados se inclinaron ante el santuario.

“Satanás me susurró ansiosamente: ‘Inclina un poco la cabeza. Nadie te verá’”.

“Le dije: ‘¡Aléjate, Satanás!’”

“Me paré derecho. El capitán vio mi acción, pero no dijo nada.

“A partir de ese día tuvimos que ir a adorar al santuario con frecuencia. Finalmente, el capitán me dijo que no tenía que ir al santuario a adorar con ellos, por el contrario, me animó a seguir mi fe cristiana. Mucha gente me admiraba, pero debo decir que no fue por mi poder, sino por la gracia de Dios”.

**Su Dios es mi Dios.
Dios los ayudó,
y Él me
ayudará hoy.**

Él nunca dudó a quién debía su alianza entre ser japonés versus su deber como cristiano. “Debo predicar”, decía a menudo. “Mucha de mi gente no lo conoce”.

Incluso fue a trabajar con un sacerdote de Buda. “Tuve muchas oportunidades de conversar con él. Al principio, rechazaba al cristianismo fuertemente, pero comparé las enseñanzas de Buda y Jesús. Después de seis meses, me pidió prestado un libro sobre el Sermón del Monte. Reconoció cómo la ley moral positiva de Jesús superó con creces la ley moral negativa del budismo. Leyó mi libro con entusiasmo una y otra vez”.

Marchaba al ritmo de los tambores de guerra.

Justo antes de que Shiro terminara su servicio militar, él fue uno de los 40,000 hombres que iba a pasar revisión ante el emperador⁷. “Nunca olvidaré la solemne impresión en ese momento. Mientras marchaba, me puse a pensar en el momento cuando Dios mismo hará revisión del ejército de Dios, la escena sería mucho más solemne e impresionante”.

El 20 de abril de 1933, se quitó las botas del ejército, desechó su uniforme y puso a un lado su espada. ¿Por cuánto tiempo? Shiro comenzó a percibir que a lo lejos se formaba una tormenta. Comenzó a darse cuenta de la trayectoria en la que se movía su nación. Marchaba al ritmo de los tambores de guerra. Solo un milagro podría salvarla ahora.

Capítulo 4

Nuevos senderos

Kano volvió a su vida con sus amigos y compañeros de trabajo cristianos. En la ciudad o el país, bajo un cielo abierto, en tiendas de campaña, casas, pasillos, iglesias, tocaba su trombón, cantaba, testificaba y predicaba para la gloria de Dios.

Impacto del aporte para las misiones

Al mismo tiempo, el mentor misionero de Kano, el reverendo William A. Eckel, mientras gozaba de una licencia en los Estados Unidos, fue de iglesia en iglesia contando sobre la lealtad que Shiro mostró por Cristo durante su servicio militar y de su celo por la obra del Señor. Una iglesia en Kalamazoo, Michigan, votó para enviarle un apoyo mensual. “Lo conocemos desde que era un adolescente”, le escribió el misionero a la secretaria de la iglesia en referencia a Kano. “Es como nuestro hijo. Siempre podemos confiar en él. Kano será un gran hombre en la obra del Señor; un líder, con una fuerte convicción y contundente al predicar”.

Después de que las contribuciones de la iglesia en Kalamazoo le comenzaron a llegar a Shiro en el Japón, también comenzó una animada correspondencia entre él y sus amigos invisibles en los Estados Unidos.

“Tenemos solo dos iglesias en Tokio, solo dos en una ciudad repleta de 6 millones de personas”, escribió en una carta. ¡Tenemos una enorme oportunidad ante nosotros! ¡La necesidad del evangelio de Cristo en nuestro Japón actual es grande! Tengo una fuerte ambición de salir y abrir nuevos caminos para nuestro Señor”. Un par de años después, “Nuestras dos iglesias del Nazareno en Tokio ya han llegado a siete. Nuestro trabajo en Tokio tiene un futuro brillante y prometedor”.

¿Marcharse o quedarse?

Fue durante este tiempo que el misionero estadounidense, quien había reconocido que Kano era un joven extraordinariamente talentoso, sugirió que lo enviaran a los Estados Unidos para que recibiera educación en una universidad cristiana. Al mismo tiempo, el espíritu pionero de Shiro y su impulso inquieto de ocuparse de los asuntos de su Padre lo impulsaron a hacer planes para organizar una nueva misión en una sección no alcanzada de Tokio. Cuando le preguntaron si le interesaba educarse en los Estados Unidos, Kano exclamó: “¡Nunca me lo hubiera imaginado!”

Sin embargo, todo obraría para la gloria de Dios, Kano tenía certeza de eso, gracias a esa estrecha relación entre el Padre en el cielo y su hijo terrenal. A medida que pasaban los días y mientras hacía planes para el futuro, la dirección que Shiro debía tomar se hizo inequívocamente clara; tenía que ir a Estados Unidos a estudiar.

Katsuzo otra vez

¿Cómo costear esta aventura? Por supuesto, tenía a su hermano mayor, Katsuzo. No estaba muy seguro de cómo respondería Katsuzo, pero sí estaba muy seguro del poder de la oración. Antes de

enlistarse en ejército japonés, Shiro pasó tres días en oración ferviente para hallar gracia mientras asumía su posición como cristiano. Oró el doble de tiempo para que Katsuzo, un comerciante próspero y devoto budista, pudiera financiar su viaje a Estados Unidos para cursar sus estudios ministeriales. Quizás el milagro de su conversión había ayudado a inclinar la balanza a su favor.

En su diario Shiro expresó lo siguiente: 9 de enero de 1937, “Mi hermano mayor me animó [porque iba] a financiar mi estudios”. 11 de enero: “Decidí ir a estudiar a Estados Unidos y le pregunté al misionero cuál era el procedimiento para ingresar a la escuela”. 15 de enero: “Me esforcé en las clases de inglés”.

En la primavera de 1937, Katsuzo Kano puso a un lado sus responsabilidades en la compañía *The Watanabe Shoten Ltd.*, para viajar 300 millas a Tokio en nombre de su hermano menor. Allí hizo arreglos financieros y otros planes para el viaje de estudios de su hermano menor para ir a Estados Unidos, un viaje de 10,000 millas para convertirse en ministro cristiano.

El otro maestro

Obtener apoyo financiero fue solo el primero de muchos obstáculos antes de zarpar hacia Estados Unidos. En su diario del 7 de julio de 1937 escribió: “Hay noticias de un estallido de guerra entre el ejército chino y nuestro ejército en el norte de China”. Para el 16 de julio: “Se emiten órdenes para movilizar al Primer Ejército de Reserva. Soy parte de [ese batallón]. Recibí el permiso del ejército para salir del país una semana antes de presentarme al servicio [militar]. Sin embargo, falta un mes para el día de mi partida”. Para el 28 de julio: “Están reclutando a mis amigos gradualmente. Todos me dicen que también debería estar listo para [recibir] la llamada”. A pesar de

toda la incertidumbre y temor, una promesa que Dios le había dado brillaba con claridad: “*El Señor, tu Dios, te ha llevado como un hombre lleva a su hijo*” (Deuteronomio 1:31).

El domingo, 1 de agosto de 1937, en Kioto. El día hermoso y brillante representó dos grandes fuerzas opuestas que luchaban fuertemente por la lealtad y la vida de Shiro. Esa mañana, en la iglesia donde por primera vez se había convertido en cristiano, pronunció su sermón de despedida antes de partir hacia Estados Unidos. El tema de su predicación fue: “¿Qué haría Jesús?”

Resonaron dos llamadas en sus oídos: la voz de su país y el llamado de su Amo.

“En la tarde”, escribió en su diario, “fui a la estación de ferrocarril para ver a mis amigos en servicio activo. También vi a la multitud que vino a ver a los soldados que partían al frente de batalla”.

Resonaron dos llamadas en sus oídos: la voz de su país y el llamado de su Amo. Un oficial del ejército le dijo: “Tu número está en el libro número 22. Si el ministro de guerra ordena que el número 22 sea llamado, debes ir. Como ya tienes permiso para irte, puedes hacerlo. Pero si recibes una llamada primero, debes recibirla con alegría”.

Nuevamente, de su diario: “17 de agosto. Un lindo día. Partí de Yokohama hacia Estados Unidos... No puedo describir la condición de temor e inquietud hasta que, finalmente, me encontraba caminando sobre la rampa del *Katsuragi Maru* que me llevaría a *Eastern Nazarene College*”.

Capítulo 5

Llegada

El hermano menor de Katsuzo Kano llegaba a Estados Unidos sin preocupaciones financieras. Tampoco hubo frugalidad en cuanto a la ropa y el equipo de Shiro: tapices hechos a mano, estampados pintados a mano, abanicos, bufandas y manteles de seda, sandalias, carteras de tela dorada y otras piezas de arte japonés que contenían ron de laurel,⁸ libros, jabón, alimentos enlatados, papelería y ropa casi suficiente para comenzar un modesto comercio.

El viaje a Estados Unidos fue provechoso en más de una manera. Tiempo después utilizó sus impresiones en el camino como material para un ensayo en un concurso de composición en inglés para estudiantes de primer año. Shiro escribió sobre su llegada a Nueva York, las luces de la ciudad dominaban el cielo: “En el cielo oscuro, la Estatua de la Libertad se erguía clara e iluminadamente. ¡Una vista espectacular! Ella es el símbolo que representa la vida estadounidense. Miré esta estatua y en mi corazón oré para que mis días en Estados Unidos los pasara con alegría y sin ningún problema”.

“Al día siguiente empecé por Boston, la ciudad del arte, la educación y la religión ¿Qué aprenderé de esta ciudad?” me pregunté.

Nostalgia

Al principio de su primer año, escribió esta impresión en un ensayo titulado “Nostalgia del hogar”.

“El tren a Boston había partido desde la estación *Grand Central*. Mi corazón llegó gradualmente a la oscuridad y la soledad. Cerré los ojos. Pronto mi imaginación voló a mi país. Todo estaba claro en mi memoria. Había recibido una buena carta de la universidad a la que iba, pero tuve un gran malestar en el tren en esta tierra extraña. Me puse a pensar que si el destino final de este tren fuera Japón, me podría muy contento”.

Primeros días

Shiro llegó a *Eastern Nazarene College* el 17 de septiembre. Los estudiantes en el campus, saludaron al estudiante joven japonés con hospitalidad y curiosidad. Siguió una ronda de presentaciones, acompañada de sonrisas, profundas reverencias y el repetido “Gracias”.

Cuando entró a su dormitorio, recordó que no había necesidad de quitarse los zapatos, como todos lo hacían en su país; tampoco debía sentarse con las rodillas cruzadas. No tenía que dormir en el suelo con la cabeza sobre un bloque de madera; y esas perchas altas que los estadounidenses llaman camas, ¿no representaban un peligro a la seguridad por estar tan lejos del piso?

La noche siguiente escribió en su diario: “Visité al presidente de la universidad y al pastor y me dieron una cálida bienvenida. Por la tarde, escribí cartas y jugué al tenis. Sentí nostalgia y me dio vergüenza”.

Pronto todos en el campus se dieron cuenta del nuevo estudiante de Japón. El primer día asistió a clases con un suéter de color café, con una apariencia limpia y pulcra después de un verano sin preocupaciones. Aparentemente, ni los rigores del trabajo misionero

pionero ni la agotadora disciplina del entrenamiento militar habían dejado ningún rastro de preocupación o tensión en su rostro benigno, sereno y sin arrugas. Su mirada se dirigía a todas partes, viendo, cuestionando, evaluando, analizando y comprendiendo. Se ajustó rápidamente a diferentes costumbres. No solo el idioma, la comida, las casas y las camas eran diferentes. Los estadounidenses llamaban a la portada de un libro lo que los japoneses conocían como la contraportada.

En banca rota

Desde el principio, uno de sus hábitos diarios era correr hacia la biblioteca y tomar el periódico de la mañana. Las noticias de su propio país, particularmente, lo absorbían. A menudo, parecía preocupado e inquieto, como si temiera por las cosas que habrían de venir.

El curso que su país había tomado militarmente le causaba una fuerte preocupación. Solo unas pocas semanas después de haber aterrizado en los Estados Unidos, Kano se encontró prácticamente sin dinero en una tierra extraña. Sin previo aviso, su gobierno había detenido el flujo de oro de Japón a los Estados Unidos causando que el apoyo que Katsuzo Kano le enviaba llegara a su fin. Pero al parecer, ni siquiera se le ocurrió regresar. En cambio, pensó: “Debo salir y trabajar, como la mayoría de mis amigos de la universidad”. En Kyoto, nunca le tocó si quiera lustrar sus zapatos.

Él escribió en su diario: “Deseo dominar el inglés rápidamente. Al mismo tiempo, estoy preocupado por mis gastos escolares. Estaré

"Debo salir y trabajar, como la mayoría de mis amigos de la universidad".
En Kyoto, nunca le tocó si quiera lustrar sus zapatos.

orando por eso”, escribió en su diario. “Me impresionaron profundamente las palabras: *‘Lláname en el día de la angustia; Te libraré, y tú me glorificarás’* (Salmo 50:15).

El curso que su país había tomado iba a afectarlo de maneras aún más trágicas. Sentía penumbra por la difícil situación de sus colegas ministros en Japón, quienes fueron llamados al campo de batalla en China. Unos meses más tarde, Kano se enteró de que uno de los seis pastores nazarenos que luchaban en China murió en combate. Kano lo describió como “un predicador fiel y fuerte, y un pastor erudito”. Su mejor amigo escribió desde el frente de la batalla: “Eres afortunado de estar donde estás. Si tu partida a Estados Unidos se hubiera pospuesto una semana más, estarías aquí con nosotros”.

“Debo confesar”, escribió Kano, “que ahora tengo una lucha en mi mente. Por supuesto, no de fe, sino de moralidad, por el hecho de ser japonés. El pastor Shimizu dejó una esposa y dos hijos. Por supuesto, el gobierno se encargará de ellos, pero su hogar no será feliz. Mi corazón está triste y acongojado. No tengo esposa ni hijos. Soy un hombre libre, sin responsabilidades familiares. ¿No debería tocarme fallecer en nombre de un esposo o un padre? Una persona sin obligaciones está disfrutando de la vida en otro país, y una persona que tiene tanta responsabilidad por su familia está trabajando duro bajo la realidad de la guerra en China. Cuando pienso en esta situación, confieso que no puedo contener mis sentimientos”.

Capítulo 6

Nuevo Mundo

Después de que Shiro había pasado 17 días en Estados Unidos, expuso sobre las misiones cristianas en su país de origen en una iglesia cercana. Fue el primero de muchos de estos eventos, algunos de los cuales lo llevaron hasta el oeste de Michigan. La primera vez que predicó en público en inglés, vestía un kimono de seda negra y lucía más limpio e impecable que nunca. Si él nunca hubiera respondido al evangelio, indudablemente todavía habría estado robando en las tiendas y calles de Kioto.

“Soy un producto de sus contribuciones a las misiones”, comenzó. Llevaba notas de apoyo por lo que habló con cierta fluidez, aunque su pronunciación no siempre era clara. Habló de la gran belleza de su tierra natal con emoción, pero de forma particular, de la necesidad del evangelio de Cristo que existía en aquél lugar.

Soy un producto de
sus contribuciones
a las misiones

Su mensaje

Se desconoce cuánto logró comprender la congregación lo que estaba tratando de decir. Su celo cristiano y la unción de Dios, sin embargo, hablaban un idioma internacional. Su espíritu de

abnegación y su ardiente preocupación por que su país escuchara las buenas nuevas que tan desesperadamente necesitaba era inconfundible. De sus tesoros del oriente, había traído tapices, pañuelos de seda, lacados, kimonos de seda, abanicos y otras muestras de arte japonés para que la congregación los viera. Escribió versos de las Escrituras al estilo japonés, con un fude⁹, y los distribuyó.

Finalmente, liberándose de las ataduras que le representaban hablar una lengua extranjera, comenzó a orar en su lengua materna. Solo aquellos que escucharon su oración pudieron darse cuenta de la carga que llevaba cuando le pidió al Todopoderoso por su pueblo. Él sabía, que sin la gracia de Dios, irían rumbo a la destrucción. Su mirada aguda y penetrante no estaba ciega al destino que les esperaba a sus compatriotas, y probablemente al mundo, si Japón continuaba yendo en dirección a la guerra.

Además del impacto inmediato de su primer discurso público en Estados Unidos, dos eventos más marcaron la vida de Shiro. Primero, de todas partes de Nueva Inglaterra llegaron llamadas para que el estudiante japonés recién llegado contara su historia a las iglesias y otras organizaciones. En segundo lugar, a su profesora de inglés, Alice Spangenberg, no le quedaba otra opción sino darle clases diarias. No podía contenerse más, tenía que esparcir este mensaje, debía decirlo o morir.

Dominar el idioma inglés, de forma escrita o hablado, no era suficiente. Sea lo que fuere que las personas estadounidenses probablemente hicieren en alguna circunstancia determinada, él quería aprender sus costumbres, y el por qué, y cómo pensarían y se sentirían al respecto.

También le dio a sus amigos estadounidenses una idea de las costumbres y tradiciones importantes de su país de origen. Por un

lado, su hermoso sentido de gratitud. Al final de una de sus muchas batallas con el idioma inglés, le ofreció a la profesora Spangenberg una bufanda de seda. “¿Podría vestirla? No es un gran regalo por toda la amabilidad que ha tenido enseñándome inglés, sino una muestra del mejor diseño, tejido y seda de mi país”. Un estampado japonés para el Dr. GB Williamson, el presidente de la universidad, quien invirtió tremendos esfuerzos a favor del predicador japonés emergente; un abrigo chino mandarín para su profesor de teología, el Dr. Ralph Earle. Con cada uno de estos regalos, era su forma de decirle a cada uno “Gracias”. Y cuando uno de sus amigos estudiantes que lo había cobijado no tenía loción de afeitar, por causa del impacto de la depresión de la década de 1930, Shiro les regalaba dos botellas de ron de laurel japonés.

También le dio a sus amigos estadounidenses una idea de las costumbres y tradiciones importantes de su país de origen. Por un lado, su hermoso sentido de gratitud.

“Espera cien años”

Él era un verdadero ciudadano del Lejano Oriente en el sentido de que tenía el don de la perspectiva que los occidentales rara vez poseen en el mismo grado. “Espera diez años”, solía decir. “Espera 100 años”.

Él puso el deber y su promesa antes que su conveniencia o ventaja personal. Un amigo le había pedido a Shiro que pasara las vacaciones de Navidad con él en Pittsburgh, pero Kano ya se había comprometido a predicarle a un grupo pequeño de misioneros durante las vacaciones. A pesar de que el comedor estaba cerrado y el amigo se ofreció a traerlo de vuelta a tiempo, él rechazó la invitación. Cuando

le propusieron que cambiara la fecha en que se había comprometido a predicar, dijo: “Hice una promesa. Nunca faltamos a nuestra palabra por un asunto privado”.

El material que Shiro usaba para practicar a conversar en inglés a menudo tenían que ver con su propio país. Las celebraciones de Año Nuevo, la ceremonia de beber té, los arreglos florales, los templos budistas y sintoístas, el jujitsu, el monte Fuji, la fabricación de seda; él ofrecía una explicación cuidadosa para cada uno de ellos. Incluso produjo un libro de cómics japoneses que tenían como héroe a la contraparte japonesa del estadounidense *Mickey Mouse*.

Un día trajo sus dos álbumes de fotografías: uno que representaba su entrenamiento militar, el otro sus actividades con sus muchos amigos cristianos. Volvió a contar la prueba de fuego que pasó cuando, ante el capitán de su regimiento, reafirmó su lealtad al Dios vivo y verdadero.

“No podía inclinarme ante el santuario de Shinto, aunque era la orden del emperador”.

Él cobró mucho ánimo cuando abrió el álbum de fotos de la iglesia. Pasando de una persona a otra, decía: “Trabajador muy diligente” o “Muy sacrificado” o “Trabaja muy duro por tan poco dinero” o “Lleno de celo por el trabajo de la Escuela Dominical” o “Ministro inteligente, brillante”. A veces con un suspiro, “Este ministro y su familia son tan pobres” o “Esta madre tiene tuberculosis”. Luego, después de un momento de silencio, “Muy a menudo deseo volar a mi casa. Quiero ayudar. “Mucha de mi gente no lo conoce”.

La familia otra vez

Le invadió una profunda quietud cuando llegó a la última página. Allí, la fotografía enmarcada de una mujer japonesa rodeada de

tabletas ancestrales y otros artículos sobre un altar. “Mi madre”, dijo con profunda reverencia. “Nuestro altar familiar para ella. Ella falleció hace dos años. Tan noble, amable. Ella permaneció a mi lado, su hijo malo, cuando todos los demás no tenían esperanza. Un muchacho malo, bullicioso y terrible. “El Niño Tifón”, dijo. Mientras tanto ella oraba por mí. Ella me acompañó a la iglesia cristiana. Me animó en mi fe”.

“Cuando mi madre falleció, me tomó de la mano y me susurró: ‘Shiro, has elegido un estilo de vida difícil’. Ella quiso decir que yo sería un predicador del evangelio. “Pero”, dijo, alentándome, “no renuncies a tu fe hasta el día de tu muerte”.

La hermana de Shiro le escribió a la profesora Spangenberg: “Estamos esperando su regreso. Espero que usted y su escuela lo hayan entrenado, y que vuelva a mi casa como un buen hombre”.

La familia de Shiro Kano seguía siendo budista, pero aún dependían de que el cristianismo y una universidad cristiana le dieran dirección a su hijo y hermano menor para que pudiera regresar a ellos hecho “un buen hombre”.

Su diario del 31 de diciembre de 1937: “Al mirar atrás este año, recuerdo cómo oré y recibí la palabra: ‘El Señor te ha llevado, como un padre lleva a su hijo’”. Al día siguiente, el día de Año Nuevo, 1938: “Estoy lleno de esperanza, pero no espero que mi camino sea fácil. Me enfrentaré a dificultades insostenibles porque soy extranjero. Sin embargo, incluso con la creciente tensión de una guerra, he pasado el tiempo en paz en el amor del Señor. Me siento mucho

“ Su diario del 31 de diciembre de 1937: "Al mirar atrás este año, recuerdo cómo oré y recibí la palabra: 'El Señor te ha llevado, como un padre lleva a su hijo'". ”

mejor en cuanto al conocimiento, y me alegra haber ganado confianza en el estudio de la doctrina de la entera santificación. Me

**No espero que
mi camino sea fácil.**

gustaría referirme a mi fe con la valentía de Pablo cuando dijo: *‘Sé lo que es vivir en la pobreza, y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez’* (Filipenses 4: 12-13). Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

Capítulo 7

El sudor de su frente

Cuando el gobierno japonés anunció a fines de 1937 que había cortado el flujo de oro a los Estados Unidos, Kano se dio cuenta de su situación financiera. Al enterarse de la noticia, acudió inmediatamente al gerente de finanzas de la universidad. “Quiero quedarme aquí, por favor”, dijo. “Puedo comer menos”. Cuando solicitó un trabajo, y el gerente de finanzas le preguntó qué tipo de trabajo podía hacer, ignoró la pregunta y respondió: “Puedo aprender cualquier cosa”.

Hermanos y compañeros de trabajo

Se unió al personal del campus. Un día ventoso, cuando el grupo de trabajadores se encontraba apaleando caminos entre la nieve que había dejado una tormenta en Nueva Inglaterra, los compañeros de Shiro notaron que el nuevo recluta pisoteaba vigorosamente mientras apaleaba. Sus zapatillas de lona estaban empapadas. Sin embargo, insistió en quedarse afuera la misma cantidad de tiempo que los demás. Un episodio de gripe lo golpeó fuertemente. Cuando regresó al trabajo, los compañeros de trabajo le regalaron calcetines de lana y botas pesadas. “Dios es tan bueno conmigo”, susurró. “Y también ayuda a mis amigos a hacerme el bien”.

Dadas las cinco de la mañana durante el invierno, Kano salía a apalear caminos entre la nieve para dejarles claro el paso a sus compañeros de clase y maestros. El raspar de su pala en las mañanas nevadas se convirtió en el despertador para un vecino mientras Shiro limpiaba la nieve de la entrada de su cochera antes de salir en su viaje diario a Boston.

Cuando la profesora Spangenberg mencionó que ya tenía los promedio de calificaciones semestrales, Shiro trajo su ábaco, ese cuadro de madera con barras paralelas por las que corren bolas movibles, que sirve para hacer cálculos simples. A medida que decían en voz alta las notas de cada estudiante, sus dedos se iban moviendo para encontrar la suma total y luego la dividía por el promedio final. Se quedó hasta terminar la tarea.

Cuando la maestra le ofreció una remuneración, él mostró mucha gratitud pero dijo con insistente cortesía: “En Japón, creemos que es un gran honor ayudar al maestro. Nunca aceptamos pago”. Dinero, seguramente lo necesitaba. Sin embargo, mantuvo su código de honor. Sin embargo, su instructora hizo un pequeño viaje a la oficina de finanzas y le acreditó una suma justa.

Flores de cerezo, Sukiyaki y John

La primavera de su primer año en Estados Unidos comenzó a escribir sobre la ciruela y las flores de cerezo de su tierra natal. Ya había formado un vínculo emocional con el arce japonés y los dos árboles de ginkgo que pronto descubrió en el campus. Un día de primavera, su profesor de griego y sus amigos estudiantes lo llevaron al Arboreto Arnold, a menos de 10 millas de distancia, para contemplar los cerezos en plena floración. Japón no estaba tan lejos.

Japón también parecía mucho más cercano, porque su amigo John Kawamura, en cuyo hombro había puesto una mano alentadora para encontrar al Dios verdadero, se inscribió en *Pasadena College* de California. Siguió una rápida correspondencia semanal. Junto con los temas obvios que ocupaban la mente de los jóvenes japoneses en Estados Unidos, también tuvieron un gran debate por escrito sobre California y Nueva Inglaterra. “No estás en Estados Unidos sino en California. Nueva Inglaterra, Nueva York y Chicago tienen una historia, pero California es tan nueva que no tiene pasado”, escribiría Kano. Y John respondía: “No queremos cosas viejas como Europa y el Este”, entonces Kano respondía: “No estás en Estados Unidos, sino en algún lugar entre Japón y Estados Unidos”. Y escribieron más en serio al reflexionar sobre los problemas del mal, la existencia de Dios y el significado del llamado de Dios.

Trabajo de verano

La llegada del verano significaba que Shiro necesitaba encontrar otro trabajo. Una mujer fastidiosa quería un mayordomo japonés, pero el bajo salario que ofrecía era indirectamente proporcional a su fastidio. Un campamento de verano necesitaba contratar a un cocinero, pero ¿por qué usar un campamento de niños hambrientos para practicar el arte de la cocina japonesa-estadounidense?

Durante varias semanas buscó empleo, pero fue en vano. Una tarde, cuando intentaba explicarle a un amigo la prueba de su fe, inclinó la cabeza y, en su lengua materna, dirigió una ferviente petición a Dios. Después de un momento de silencio, susurró: “Este verano tendré un trabajo”. En pocos días, le notificaron que su universidad lo contrataría como pintor. Nunca había usado una brocha, pero siempre se podía aprender.

En su diario: “9 de junio de 1938. Día de apertura de mi trabajo a las 7 de la mañana. Fue el trabajo más difícil que he tenido, pintar bajo el intenso sol. Sin embargo, me alegra trabajar para pagar mis gastos escolares. Trabajé 11 1/2 horas hoy”.

Después de doce horas

La necesidad de ir ahorrando para pagar sus futuros gastos universitarios lo hizo que perseverara temprano y tarde. Una tarde, después de haber trabajado 12 horas, su escalera se comenzó a resbalar. Estaba demasiado cansado para saltar. Cuando cayó, se golpeó la cara con fuerza contra el gancho de la escalera y estuvo inconsciente durante media hora. Su cara estaba muy hinchada, “grande como la cara de un hipopótamo”, y estaba sangrando mucho, y sufrió otras heridas.

Shiro escribió en su diario: “Por supuesto que Dios estaba conmigo y me habló. Aunque no podía ver ni comer y tenía un fuerte dolor de cabeza, mi corazón y mi fe estaban muy tranquilos, y escuché la voz de Dios”.

Uno de sus compañeros de dormitorio que también se quedó en el campus durante todo el año dio sus impresiones: “Durante el verano, Shiro subsistía con una fracción de lo que costaban nuestras comidas. Durante los inviernos de Nueva Inglaterra, varias veces trabajó sin ropa adecuada. Su política de mantener la boca cerrada y de no hablar de sus problemas fue probablemente una de sus mayores desventajas mientras estaba en la universidad. Estoy seguro de que había docenas de estudiantes que habrían contribuido de sus propios recursos para ayudarlo, si lo hubieran sabido”.

Una vez casi al final de su primer año en Estados Unidos, levantó la mano derecha y frotó la mano izquierda sobre los callos. Su rústro dibujaba una gran sonrisa. Sentía un orgullo en ello, pero sentía algo que iba más allá: la aceptación.

Capítulo 8

El negocio de su padre.

Un trozo de papel metido dentro de la Biblia en inglés de Kano sirve como prueba de que la oración y la alabanza en una lengua extranjera maniataron la libre expresión de su mente y corazón. En un lado del papel, había escrito un testimonio, en el otro una oración, ambos en un inglés sincopado.

“Fui a la iglesia anoche y se celebró una reunión de testimonio”, decía una página. “Me levanté y dije: ‘Aunque mi inglés es fracturado, me gustaría dar mi testimonio. En lugar de un dios de madera o piedra que no tiene sentimientos ni comprensión, he encontrado en Cristo un Redentor y Salvador. Cuando termine el ciclo escolar, mi objetivo es regresar a mi país donde predicaré el evangelio con la ayuda de Dios hasta que Jesús venga. Por favor oren por mí’”.

Cuando termine el ciclo escolar, mi objetivo es regresar a mi país donde predicaré el evangelio con la ayuda de Dios hasta que Jesús venga.

En el verano de 1939, tuvo una serie de charlas en Michigan y varios otros estados. Él pasó más tiempo con sus amigos de la iglesia en Kalamazoo que le habían mandado apoyo mientras se encontraba en Japón. Allí predicó dos domingos por la mañana en congregaciones con una asistencia numerosa. Kano habló sobre la guerra de su

país con China y dijo: “Si escuchas muchas cosas sobre Japón y la guerra, recuerden que en algún lugar de por ahí habrá un joven japonés predicando el evangelio”. Muchos en la congregación lloraban. Kano mismo habló con profunda emoción. Su discurso conmovió especialmente a los jóvenes.

Cuando regresó a *ENC*, le escribió a la iglesia de *Kalamazoo*: “Mi sueño de cinco años se ha cumplido. Me faltan las palabras para expresar mi profundo aprecio por su amabilidad, su amistad y compañerismo en Él. Dios me mostró muchas verdades en este viaje, y sin duda será uno de los grandes eventos de mi vida. Vi con mis ojos como se manifiesta la comunión cristiana y cómo se debe expresar la amistad cristiana. Durante este viaje tuve me di cuenta que Japón necesitaba al cristianismo. Entre cristianos, no puede haber barrera de raza”.

Durante su estadía en Estados Unidos, constantemente recordaba a su tierra natal y la obra de Dios allí. Envío revistas religiosas, libros y literatura de la escuela dominical; escribió artículos regularmente para una iglesia mensualmente y ocasionalmente para otras publicaciones periódicas; organizó un intercambio de correspondencia entre sus propios estudiantes de la escuela dominical en Japón y los de edad similar en los Estados Unidos, traduciendo cartas del japonés al inglés e inglés al japonés.

Capítulo 9

Discurso

El mayor logro de su primer año, y de cada año en la universidad, fue que su presidente de la universidad colgara la insignia de oro de la Sociedad de Honor en su solapa. Más que tener una memoria fotográfica o de afligirse por tener las mejores calificaciones para medir su progreso académico. Tenía su propio credo de lo que debería constituir una educación. “Elija a una persona”, dijo, “alguien que sea digno de amar y de quien pueda hablar acerca de su vida; que se convierta en su maestro y amigo: un gran hombre, un héroe, un filósofo, un poeta, un músico o un científico. Que el estudio de su vida se convierta en su pasatiempos. Después de haber elegido a esa persona, primero lea libros autorizados sobre la persona, luego extienda su estudio gradualmente. Ya sea filósofo, teólogo o poeta, lea y relea esos libros hasta que casi los llegue a memorizar. Estúdielos al menos 30 o 40 años. Quizás pueda decir: “Estoy demasiado ocupado”. No se preocupe por eso. Debe reconocer la utilidad marginal del tiempo. Trate de usar sus 5 o 10 minutos al día como manipularía un diamante, con mucho cuidado.

“Pueda que tenga cierta ansiedad de convertirte en una persona estrecha de mente, pero no tenga miedo. Su estudio de esta persona se extenderá en muchas direcciones, y se ampliará en mente y

espíritu. Pruébelo, luego de diez años no solamente será una persona educada, sino que será más sereno, refinado y noble”.

Como otros lo vieron

Shiro siempre fue el primer lugar en la clase de griego, a pesar de que tenía que traducir del griego al inglés mientras pensaba en japonés. Su mente alerta siempre buscaba resolver problemas sin descanso. Quería conocer apasionadamente la verdad.

El jefe del Departamento de Teología recuerda que “Kano tenía una mente tan brillante como cualquier otra persona que haya tenido en mis clases. Era inusual en varios aspectos, pero especialmente porque además de ser científico también era filosófico; es decir, era sinóptico o podía ver cosas enteras, y al mismo tiempo captar detalles.



Shiro Kano serruchando madera en Eastern Nazarene College

Tenía una habilidad especial con su memoria rutinaria así como con su memoria lógica”.

Un compañero de estudios notó: “Mientras que el profesor exponía la verdad de la lección, Kano con libro de texto en mano, se encontraba asimilando el material para otro curso. En un instante, podría dejar su libro y unirse a la discusión de clase. Supongo que para él era necesario duplicar sus esfuerzos porque nunca se sintió satisfecho hasta que tenía una carga de estudios de 18 a 24 horas en lugar de las 15 habituales. Nunca recuerdo haberlo oído quejarse de estar demasiado ocupado. Tampoco recuerdo haber visto una nota menor a un B+ en su tarjeta de calificación. El intenso amor que tenía por el conocimiento y la urgencia de las necesidades de su gente era la fuerza impulsora a lo largo de sus años universitarios”.

Cejas arqueadas

A veces, en la clase de teología o literatura bíblica, hacía que sus compañeros levantaran las cejas. Algunos de ellos se expresaban cierta sorpresa por algunas de las preguntas poco ortodoxas que planteaba en clase. Indirectamente, él generaba una discusión que a la vez producía una explicación. En esencia, funcionaba de esta manera: “Cuando regrese a mi gente, debo anticipar cualquier tipo de preguntas sobre filosofía y religión, y también debo tratar de responderlas todas. Mi gente proviene de varios trasfondos religiosos asiáticos y tienen problemas que nunca se les ocurriría a ustedes como estadounidenses. Debo estar listo para responderlos. Mi gente está convencida solo cuando pueden ver pruebas en blanco y negro. No puedo decirles que las Escrituras implican la verdad. Debo ser capaz de apuntar a las Escrituras como la verdad. La mente japonesa debe ser capaz de ver por sí misma”. Nadie tuvo dudas sobre la fe de Kano después de eso.

No solo acumuló conocimiento y lo asimiló, sino que también construyó su propia biblioteca personal. Los trabajos que hacía de vez en cuando fuera del campus le proveían unos pocos dólares que utilizaba para comprar libros. Localizó las librerías de segunda mano en Boston y pronto se familiarizó con las que se especializaban en libros filosóficos y teológicos. Él escribió en su diario: “No puedo desperdiciar el tiempo precioso no estudiando mientras mi gente trabaja duro en mi país. Oraré por la paz mundial”.

Discurso

La mente talentosa de Kano, su dedicación y empuje, y su motivación inspirada en el llamado personal de Dios para servir a su pueblo, todo esto combinado, lo hacía para un estudiante que superaba al promedio. El clímax de su carrera universitaria se produjo cuando

Oraré por la paz mundial.

pronunció un discurso ante la promoción de 1941 de *Eastern Nazarene College*. Era el Niño Tifón de Ryu Kano que, de no haber sido por la gracia de Dios, probablemente estaría peleando en China, en lugar de estar parado ante una audiencia en Estados Unidos listo para pronunciar su discurso en una universidad cristiana.

En parte, dijo: “He encontrado muchas cualidades en la juventud estadounidense que merecen mi respeto y admiración, pero digo con franqueza que hay cosas sobre ellos que me hacen temer por su bienestar”. Le preocupaban especialmente los problemas de la juventud en una era de sensualismo e indulgencia, de bajos estándares morales y la falta de moderación. “Cuando comprendo el objetivo y la misión del campus cristiano, creo que de hecho es la esperanza de la juventud estadounidense y de la próxima generación de este país.

“En *ENC* hemos sido formados bajo los ideales y la atmósfera de una universidad de santidad. Alguien podría llegar a pensar que la graduación representa la liberación de este entrenamiento y disciplina intensivos, pero yo les digo que no es así. Creo que para nosotros, la graduación es un nuevo nombramiento para ser los pregoneros y embajadores para establecer los ideales y los estándares de *ENC* que exaltan el nombre de Cristo. El diploma y el grado académico no serán la única evidencia de nuestro trabajo en *ENC* durante los últimos cuatro años, más bien, será la forma en que nos conducimos a partir de hoy lo que demostrará lo que hemos aprendido aquí y lo que esta institución ha hecho por nosotros.

“Nosotros, la promoción del 41, queremos enfatizar nuestra lealtad a los principios de la fe cristiana, el propósito, la integridad y el progreso. Hemos aprendido que el camino cristiano es nuestro camino”.

Durante los siguientes meses, Shiro Kano debía probar al máximo “todas las cosas” de su ideal: el apóstol Pablo: “*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*” (Filipenses 4:13).

El verano de 1941 siguió el patrón de sus otros veranos en Estados Unidos: trabajo y más trabajo. 28 de agosto: “Mi colección de centavos finalmente alcanzó los \$300 hoy. De hecho, esta es una historia increíble, pero es un hecho que, gracias a la gran ayuda de Dios, estoy listo para inscribirme en *Graduate School of Boston University*”.¹⁰

La madre patria avanza

El 2 de agosto, una carta del Secretario General Matsumoto de la Asociación de Estudiantes Cristianos Japoneses en Estados Unidos a Kano invadió su mundo pacífico. El secretario aconsejó a todos los estudiantes japoneses que abandonaran los Estados Uni-

dos. “Mi impresión después de visitar la madre patria es definitiva”, escribió. “Japón marcha con decisión. Nada ni nadie tiene permitido interferir”.

La reacción de Kano fue esta: “Si mi condición actual es su voluntad, la aceptaré con gusto. Si su voluntad es otra, quiero conocerla. He llegado a conocer la fe durante el tiempo que llevo de vivir aquí. ¿Qué más me está tratando de enseñar el Señor? Tengo un gran deseo de saberlo, y haré todo lo posible para ser su buen hijo”.

Capítulo 10

A la universidad

A mediados de septiembre, Kano intercambió la mayor parte de sus ganancias de verano por el privilegio de realizar 15 horas de trabajo de posgrado en su querido campus de teología y filosofía en *Boston University Graduate School*. Todavía vivía en su antiguo dormitorio universitario, a pocas millas de Boston, todavía se levantaba temprano para hervir su ración de arroz para el día. Unos pocos dólares se pueden estirar para cubrir los gastos de comida si te las arreglas bien y no eres demasiado exigente con la calidad, la variedad y la cantidad.

Después de que sus compañeros de *Boston University* se enteraron de que dominaba el idioma griego, le compraban helado cada vez que traducía los pasajes más complicados. Hay más de una forma de ahorrar en los gastos de los alimentos.

7 de diciembre de 1941

En su camino a la universidad pasaba por varias librerías de segunda mano, a las que no podía resistirse. “Debo llevar libros de teología a mi país”, comentaba. Así que ganaba dinero de cualquier manera que podía para comprar más libros. Su método de adquisición de libros definitivamente había cambiado, pero no el amor inherente por ellos.

En la tarde del 7 de diciembre de 1941, estaba sentado en silencio en su dormitorio, mirando algunos de sus libros recién comprados y escuchando su radio a bajo volumen. Repentinamente, por las ondas aéreas, llegaron noticias devastadoras sobre el ataque a Pearl Harbor,¹¹ cuyas consecuencias iban a sacudir al mundo.

Kano se sentó, estupefacto. Sus amigos del dormitorio llamaron a su puerta y entraron. Cuando finalmente llegaron las noticias, parecía estar en estado de shock; de cuerpo y alma. Todo lo que pudo decir fue: “Quizás una buena estrategia, pero un truco sucio”.

Los compañeros no se quedaron mucho tiempo. Todos estaban bajo una nube de confusión, sin darse cuenta, tratando de entender

**Kano, quien
repentinamente y
sin culpa alguna,
se había convertido
en un miembro de la
raza enemiga, se
arrodilló en
silencio ante
el Señor.**

la implicación que tendrían para sí mismos las palabras que se pronunciaban tan rápidamente a través de las ondas radiales.

Solo, en su habitación, Kano, quien repentinamente y sin culpa alguna, se había convertido en un miembro de la raza enemiga, se arrodilló en silencio ante el Señor. Él conocía la única fuente de sustento y fuerza, el Dios verdadero a quien había recurrido una y otra vez desde que lo había encontrado; esa Luz de la Vida que tenía el poder de atravesar las tinieblas de la religión pagana. Después de un rato, la campana de la capilla del campus convocó al culto nocturno. Se levantó y se fue.

Embajadores de buena voluntad

Esa noche sus amigos se unieron para apoyarlo. Sus amigos llenaron su habitación. Como prueba de buena voluntad, trajeron helado.

Luego entró su presidente universitario, el Dr. G. B. Williamson, y su pastor universitario, el Dr. Samuel Young. Después de algunas palabras, todos se arrodillaron mientras el presidente oraba fervientemente para que Dios usara de alguna manera a Kano para sanar la brecha que la guerra provocaría entre las dos naciones. Aunque pertenecían a reinos terrenales sumidos repentinamente en la guerra, eran conscientes de un parentesco superior en el reino espiritual del Príncipe de Paz.

Siguiendo el consejo de su presidente universitario, Kano se mantuvo alejado de Boston por un día entero, más para salvaguardar su propia seguridad que por cualquier otra razón. El eminente filósofo, Dr. Edgar S. Brightman, uno de los profesores de Kano en la universidad, ya lo había invitado a su casa en Navidad. Kano recibió una nota amistosa de la Sra. Brightman, franqueada el 7 de diciembre de 1941, a las 11 p. m: “El Sr. Brightman ya te ha hablado sobre la cena de Navidad. Ahora quiero agregar mi invitación a la suya. Nos encantaría que vinieras a nuestra casa en Navidad”. Kano llevó consigo la nota por el resto del día y se la mostró a varios de sus amigos.

Helado de fresa y griego

Esperar en su habitación, sin hacer nada, lo desgastaba. No podía soportar la inactividad. Así que se fue de vuelta a la universidad. ¿Y qué de cómo sería recibido? Incluso las personas en el tren y en las calles reconocerían su nacionalidad. Bueno, estaba dispuesto a correr el riesgo.

Mientras tomaba asiento en la gran sala de conferencias, se sintió incierto. Luego entró el Dr. Brightman. Su mirada cayó en dirección a Shiro, alguien que ahora se había convertido de repente en un enemigo extranjero.

“Señores”, dijo a su clase de más de 100, “estamos felices de que el Sr. Kano nos acompañe durante la clase”.

Una ronda de aplausos espontáneos recibió el anuncio. Después de la conferencia, algunos de sus amigos se reunieron a su alrededor como de costumbre para una conversación informal y para pedirle más ayuda con el griego que tanto les causaba problemas. Las cosas no eran tan malas como temía. Recibió su pago habitual, un generoso plato de helado de fresa.

Sin embargo, cada vez más, la tensión y la desconfianza aumentaban. Kano no se vio afectado por el cambio. Una tarde, poco después de Pearl Harbor, cuando viajaba en un tren, un pasajero lo insultó. Él no dijo nada. Luego, otros dos se unieron a pronunciar una embestida verbal. Kano no podía creer lo que otro pasajero hizo; se levantó tomo del brazo a Shiro y caminaron juntos por el tren. Kano se conducía de una manera tranquila a diario mientras asistía a sus viajes a la universidad, donde sus estudios lo obligaron a luchar con cuestiones filosóficas como el realismo, el pragmatismo y la naturaleza del mal.

“Por si caso...”

Un día de marzo de 1942, Kano le entregó una nota a la profesora Spangenberg. “En caso de que algo me suceda”, dijo en voz muy baja, “informe a estas personas y cuide mis cosas como lo he indicado en el papel”.

Había muy poco que decir; nadie se atrevía a decir mucho.

“Gracias. Muchísimas gracias”. Se inclinó un poco y luego se fue.

El impulso que tenía su tutora de ir tras de él y de hacerle preguntas como “¿Qué te podrían *hacer?*” o “¿Quiénes *creen que son?*” Al igual que Shiro, la profesora Spangenberg tuvo que sentarse y esperar a que se resolvieran las cosas por venir.

“No espero quedarme aquí por mucho tiempo más”, le dijo a un amigo. Al día siguiente llamó a otro amigo a su habitación para darle su guante de béisbol. “Quiero que uses esto. Supongo que no lo usaré esta primavera.”

La vida, el tiempo y el destino no pintaban un cuadro esperanzador. Los eventos que fueron más allá de su poder, influencia o control, iban a ponerlo a prueba más allá del límite de lo que la mayoría de personas podrían soportar. Pero el impulso innato, ese propósito que lo motivaba durante cada minuto del día, no había permitido que se desviara ni si quiera una fracción de pulgada de su rumbo principal.

Él no estaba ajeno a las investigaciones extensas de su conducta y todo lo que estaba en su entorno, y del intenso cuestionamiento a los que sus amigos eran sometidos por parte del Buró Federal de Investigación. Para aclarar su postura, el FBI le ordenó preparar una declaración:

Debido a que soy un ministro cristiano, daré mis razones por las que deseo continuar en el ministerio.

Desde que me convertí al cristianismo del budismo, he estado ansioso por contarle mi historia a mi gente. Pronto sentí el llamado definitivo de Dios de convertirme en un ministro cristiano. Después de terminar la capacitación requerida, ingresé al ministerio hace nueve años en Japón. Ahora tengo una responsabilidad con mi gente, y eso es lo que me impulsa a concentrar todo lo que tengo para cumplir el llamado de Dios.

Él no estaba ajeno a las investigaciones extensas de su conducta y todo lo que estaba en su entorno, y del intenso cuestionamiento a los que sus amigos eran sometidos por parte del Buró Federal de Investigación.

Sé bien que la vida de un ministro cristiano en Japón es sacrificial. Le debo algo a mi país y a mi comunidad. Creo que la forma más efectiva de pagar esta deuda es ingresar al ministerio y guiar a mi pueblo al Señor Jesucristo. Algunos pueden decir que soy demasiado fanático e idealista, pero sigo creyendo que el ministerio cristiano es la vida ideal para mí.

Para terminar, alabo su gracia indescriptible y pido sabiduría con todo mi corazón.

Capítulo 11

“¿La mamá de quién?”

“¿Qué país te gusta más, Estados Unidos o Japón?” un ingeniero amigo de la universidad le preguntó una vez a Kano.

“¡Pregunta tonta! ¿La mamá de quién es mejor? ¿la tuya o la mía?”

Aunque la lealtad de Kano a su tierra natal y su profundo amor por ella eran típicos de los ciudadanos japoneses, él guardaba una dosis de realismo. “Mi país se ha ido encaminando a la guerra durante mucho tiempo”, dijo. La sola idea de que sus colegas ministros y laicos cristianos tuvieran que luchar y morir en China nunca dejó de molestarlo.

“Sé que muchos de nuestros hombres fueron asesinados en el campo de batalla”, dijo más de una vez. “Pienso en las familias que dejaron atrás. Debemos evitar pelear entre naciones, aunque nos toque pagar con sacrificios y muchos de ellos”.

Una frase que repetía a menudo en su diario decía: “Estoy pensando en mis compatriotas y amigos en Cristo que enfrentan dificultades en este momento. Que Dios los bendiga a todos. La gran necesidad de mi país es el cristianismo. Debe conocerlo, o no me puedo imaginar lo que pudiese llegar a suceder. Debo trabajar y estudiar más por el honor de mi país. No puedo perder mi tiempo de estudio mientras mi gente vive en circunstancias tan duras. Debo orar por mi país para que pueda ser guiado en el camino de Dios”.

Así como tomó la firme decisión de no inclinarse ante el santuario de Shinto durante su entrenamiento militar, así fue de firme su negativa de regresar a su país para luchar contra China. Shiro recibió una carta de su misionero que trataba con los asuntos de su ordenación y regreso a Japón. “Quiero ser ordenado”, dijo, “pero no quiero regresar hasta que termine la guerra entre China y Japón”.

Sería ordenado como presbítero en la Iglesia del Nazareno por el Dr. J. B. Chapman en Malden, Massachusetts, el 28 de abril de 1940. “Algún día, debo salir de los Estados Unidos y regresar a Japón”, dijo. “Mi país y mi gente me necesitan. No puedo decepcionarlos ni a ellos ni a Dios. Debo orar por la paz.

“¿Prisión?”

Su diario revela que el campus y las aulas de la universidad le proporcionaron refugio y comprensión a medida que las tensiones contra su país comenzaron a aumentar. Sin embargo, no guardaba falsas esperanzas. “No espero que mi camino sea fácil. Me enfrentaré a dificultades insoportables como un extranjero japonés”.

Sí, en prisión en los Estados Unidos ... Yo también debo ser libre.

taré a dificultades insoportables como un extranjero japonés”.

A finales de marzo de 1942, cuando Kano regresaba de la universidad, irrumpió en el aula de la profesora Spangenberg.

Fue cambiado radicalmente. Se paseaba de un lado a otro en la habitación de una manera muy diferente a su manera habitual, mientras murmuraba una especie de soliloquio.

“¿Cómo voy a hacerlo?” espetó. “Nunca podría permanecer en prisión durante cuatro o cinco años, tal vez más, mientras dure esta larga guerra”.

“¿Prisión?”

“Sí, en prisión en los Estados Unidos. Nunca podría quedarme allí y soportar la inactividad y la tortura mental. Debo trabajar, ser exitoso. Yo también debo ser libre”. Parecía un águila, a punto de ser enjaulado.

Thirty-third Annual Assembly of the New England District

VI. GENERAL INFORMATION

1. The following were elected to Elder's Orders and ordained:
Earl S. Hammond, O'Leary, P. E. I.
Arthur M. Fallon, 8 Pierpont St., Peabody, Mass.
Shiro Kano, E. N. C., Wollaston, Mass.
Donald H. Strong, 11 Bishop St., St. Albans, Vt.
2. The following were granted Minister's License for the first time:
Lothrop S. Boardman, Montgomery, Vt.
Eugene E. Coleman, Johnson, Vt.
Alma Field, Raymond, Maine.
Paul Hetrick, E. N. C., Wollaston, Mass.
Robert Rundlett, Waltham, Mass.

Sunday Afternoon, April 28, 1940

The song of consecration, "I'll Go Where You Want Me to Go," appropriately opened the ordination service. Prayer was offered by Rev. John Gould.

Rev. Samuel Young read the pastoral arrangements for the coming year, after which Rev. H. I. S. Blaney presented the class for ordination. Dr. G. B. Williamson and Dr. S. S. White both read fitting scriptures and Rev. Samuel Young read a portion from the Manual. Dr. J. B. Chapman, in administering the charge to the candidates, emphasized the need of unction on the preacher. After prayer Doctor Chapman presented the parchments to the candidates, and E. S. Hammond, Arthur M. Fallon, Shiro Kano and Donald H. Strong were vested with elder's orders in the Church of the Nazarene. All joined in singing "A Charge to Keep I Have," after which Rev. Martha Curry offered the dismissal prayer.

Capítulo 12

El valle de la decisión

En la mañana del Viernes Santo, 3 de abril de 1942, Kano estaba escuchando cómo se leía la *obra del Progreso del Peregrino* en la capilla de la universidad.

“Debes pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de los cielos. Te acosarán con enemigos, que se esforzarán mucho y te matarán. Pero sé fiel hasta la muerte, y el Rey te dará una corona de vida”.

El Viernes Santo

En menos de dos horas, llamó a su pastor universitario y su maestro de inglés. Su hora había llegado. Estaba sentado en silencio con dos agentes del FBI. Su rostro no respondía, tenía una mirada en blanco. Un par de libros de teología se hallaban abiertos mesa, su raqueta de tenis en el estante, su overol salpicado de pintura en la puerta de su armario, todo reflejaba el testimonio de la vida que había sido, pero que ya no existía.

Kano arrojó algunos artículos en una maleta, se puso el abrigo, miró por última vez su habitación vieja y familiar, su hogar en Estados Unidos durante los últimos cuatro años y medio, y bajó las escaleras. El Viernes Santo al mediodía, más allá de la capilla, la

biblioteca, las aulas, el arce rojo japonés y los árboles de ginkgo, pasaron junto a una extraña compañía: el diminuto Shiro, dos agentes del FBI, el pastor de la universidad, el Dr. Samuel Young y el tutor de Kano, la profesora Spangenberg.

“Los ojos de Shiro lagrimeaban”, dijo el pastor cuando Kano fue conducido en el automóvil rojo. “Después de todo, él es uno de nosotros. Él es un ministro ordenado en nuestra iglesia”.

El arresto de Kano como un enemigo extranjero era inevitable. Su abordaje en el tren de Boston podría haber sido solo el comienzo de una serie de incidentes. Además, la seguridad de su universidad y amigos tenía que ser considerada. Al menos la espera había terminado. ¿O solo había comenzado?

“Mañana es Pascua, y lo extrañaré”, escribió desde la estación de Inmigración en el este de Boston. “Por primera vez, desde que me hice cristiano hace 15 años, me perderé un servicio del Día de Resurrección. Lo echaré de menos”.

“¡Mis libros!”

Durante los turbulentos días de 1942, la estación de Inmigración del este de Boston parecía sorprendentemente inadecuada para albergar los intensos dramas humanos que comenzaron a desarrollarse. Después de los inevitables cuestionamientos y la presentación de credenciales para obtener un pase, después de ser manejados por guardias cuyas ruidosas llaves hicieron clic para abrir varias puertas, por fin, se llegó al estrecho agujero en la pared utilizado como sala de recepción para los prisioneros. Un venerable guardia paternal parecía desde el principio ser la esencia de la bondad humana.

“¡Mis libros!” fueron las primeras palabras de Shiro a sus visitantes después de intercambiar saludos. “Por favor, ve por mis cuatro

cajas de libros y llévalos a tu casa, que allí se encontrarán a salvo”. Sí, la comida estaba bien y lo trataron bien.

“La Universidad de Boston pronto me notificará que mi trabajo ha terminado, pero guardo optimismo”. Solicitó varios libros de texto. Se había interpuesto tantos obstáculos y circunstancias tratando de desviarlo de su objetivo principal. ¿Cuál sería el siguiente obstáculo?

“En una celda”

Muchos lo visitaron: sus profesores universitarios, sus compañeros de clase, sus vecinos en las afueras del campus, algunos compañeros ministros y dos estudiantes a quienes les estaba enseñando japonés. El presidente de su clase de graduación de la universidad le escribió desde la Escuela de Candidatos de Oficiales en Virginia: “Te admiro y respeto mucho por la posición que has tomado. Era el único curso honesto y honorable, y no podías tomar otro. Dependerá de hombres como tú arreglar el desastre cuando esto termine.

El Dr. C. Warren Jones, entonces secretario de la Junta de Misiones Extranjeras de la Iglesia del Nazareno (ahora Misiones Globales), escribió a Kano que la iglesia asumiría sus gastos para obtener su Ph.D. “Dependen de mí para ser uno de los futuros líderes de nuestra iglesia en Japón. No saben que ahora estoy en una celda”.

El Dr. J. B. Chapman, superintendente general de la Iglesia del Nazareno, le ofreció su casa de verano en Michigan. “¡Él es tan amable!” Kano exclamó. “Pero estoy en esta celda y no puedo ir”.

Sin embargo, su alegría fue ilimitada cuando recibió el consentimiento de la Universidad de Boston para terminar su tesis y otros estudios de su maestría en Artes, a pesar de que estaba “en una celda”.

Tribulaciones

Más allá de la preocupación por sus estudios. El problema de la repatriación lo atormentaba como una peste. Kano podría haber sido liberado si hubiera aceptado la oportunidad de ir a Washington para traducir para el gobierno de los Estados Unidos. “Si aceptara y las noticias llegaran a mi gente, nunca me escucharían predicar el evangelio”, declaró. Parecía un hombre sin país, arrestado en un país adoptivo cuya mayor parte de su filosofía política y religiosa podía aceptar, mientras que era nativo de un país cuyo credo y conducta no podía apoyar. Cada una de sus acciones debe ser tal que sus compatriotas estén dispuestos a escuchar la historia de redención de sus propios labios.

Si aceptara y las noticias llegaran a mi gente, nunca me escucharían predicar el evangelio.

“Han pasado casi tres semanas desde que vine aquí”, escribió la mañana de su audiencia, el 22 de abril de 1942. “Esta mañana tendré otra experiencia nueva y extraña. Nunca me he presentado ante un juez, y probaré la amargura mental de ser esposado. Mi deseo es dar un buen testimonio ante el Señor, no solo ante la autoridad o el estado. He venido a los Estados Unidos para una mejor preparación para el ministerio; y si el proceso actual por el que ahora estoy pasando forma parte de esta, lo aceptaré agradecido”.

Lealtades

El presidente de la universidad de Kano asistió a su audiencia y expresó: “Shiro se ha comportado de la manera más admirable. Cuando se le preguntó si estaba dispuesto a renunciar a su país y ofrecer su lealtad a los Estados Unidos, dijo que no, porque tal acción lo

descalificaría para llevar el evangelio a su propio pueblo. Por lo tanto, no renunciaría a su lealtad a Japón. Cuando se le preguntó si obedecería al emperador independientemente de lo que esto implicara, Shiro dijo con franqueza que no haría nada contra Estados Unidos, porque tenía amigos estadounidenses y por la gratitud que tenía en su corazón por el trato que había recibido de ellos”.

El presidente de la universidad continuó: “Uno de los hombres de la junta me preguntó si estaría dispuesto a que me pusieran en libertad condicional en caso de que decidieran liberarlo. Le dije que creía en la integridad de Kano y que me alegraría tenerlo en libertad conmigo personalmente. Esta amabilidad pareció conmover a Shiro muy profundamente. Una vez que terminó su audiencia, me agradeció como sólo él podía hacerlo, lo que me hizo sentir que estaba muy agradecido”.

El presidente de la universidad continuó: “Debía ser condenado al punto de ser puesto en un campo de internado si permanecía en los Estados Unidos. No creo que las autoridades realmente sintieran que era un personaje malicioso, pero creo que sintieron que, con la guerra en curso, sería peligroso tanto para él como para la paz de las personas que vivían a su alrededor si lo dejaban libre”

“Sigue siendo mi país”

El amable y anciano guardia, le dijo al tutor y mentor de Kano: “Es un buen joven cristiano y debe recibir toda la ayuda que pueda para obtener la consejería legal correcta sobre la repatriación”. Una vez que el guardia le dijo a un visitante: “Investigué su caso y descubrí que lo único que el gobierno de los Estados Unidos tiene contra él es su entrenamiento militar en Japón. Si tan solo toma la decisión correcta”.

Durante las primeras semanas de abril, estuvo en el valle de la decisión. ¿Encarcelamiento en los Estados Unidos? ¿Y por cuántos años? ¿O la libertad en su propia tierra, de regreso con su propio pueblo al que debe servir?

Al vicepresidente de su universidad, que lo estaba visitando, le expresó su sentimiento por su tierra natal: “Mi país está equivocado, mi país está enfermo, pero sigue siendo mi país”.

Capítulo 13

La gran decisión

“Ayer firmé la petición de repatriación, que es la solicitud del Departamento de Estado y el Departamento de Justicia”, escribió Kano el 27 de abril de 1942. “Escuché por la radio la canción del Padre Nuestro. De hecho, esta es la esencia de todas las oraciones, como dice el Señor, sin embargo, esta es la primera vez que puedo comprender claramente su significado. “Hágase tu voluntad”, es mi oración”.

Kano le escribió al Dr. Edgar S. Brightman (quien durante sus meses en Japón había aprendido a entender la mente japonesa) para pedirle consejo.

“Me haces una pregunta muy difícil cuando buscas consejos para regresar a Japón”, escribió el Dr. Brightman el 1 de mayo. “Me dijeron que el permiso de ausencia del que me dijiste, bajo el cual Japón te permitió estar en este país durante varios años, fue cancelado junto con todos los permisos de ausencia, por el gobierno japonés en el momento de Pearl Harbor. Tu problema es muy difícil. Si permaneces en este país, ya sea como prisionero o no, dadas las circunstancias, parecería que te imposibilitaría el poder rehacer tu futuro en Japón, si es que te niegas a regresar ahora.

“Por otro lado, si regresas ahora, es casi seguro que tu única opción es que luches contra los Estados Unidos y tus amigos cristianos. Si

eliges permanecer en prisión en este país en lugar de regresar a Japón, sin duda estarás perfectamente seguro mientras dure la guerra; pero no puedo imaginar cuál sería tu futuro después de que termine la guerra.

“Ya sea que vayas o te quedes, desde el punto de vista de los asuntos terrenales, es un destino muy difícil para ti. Como cristiano, tienes el consuelo de saber que Dios está contigo donde quiera que estés, y que tendrás la necesidad de mantener tu fe para que te sostenga. Realmente siento que no puedo asumir la responsabilidad de decir lo que haría en las circunstancias actuales si estuviera en tu lugar. Oro para que puedas tomar una decisión sabia y correcta. ‘Hágase tu voluntad’, como dices, es la gran necesidad. Tu coraje y tu fe son una gran inspiración para mí.”

En ruta de nuevo

El viernes 8 de mayo de 1942, Kano dejó para siempre el pequeño y sombrío edificio donde durante más de un mes se había alejado de los requisitos de la universidad y luchó en contra de las tinieblas de la indecisión a la débil luz de su elección para ser repatriado.

Su visita de despedida en *South Station*, Boston, bajo la atenta guardia del FBI, fue todo lo contrario de su llegada allí en septiembre de 1937. Cuando llegó se sentía solo, ignorado hasta que fue rescatado por un solo estudiante que le extendió la bienvenida. Ahora tenía mucha compañía. Su nombre era bien conocido por aquellos que llegaron a despedirlo, y cada una de sus acciones fue cualquier cosa menos ignorada. Al menos su espíritu era bueno. “Estoy contento de tomar esto con una sonrisa”.

El horizonte de la ciudad de Nueva York se cernía en el horizonte una vez más. Desde la isla de Ellis, pudo ver la Estatua de la Libertad. Su primera reacción ante la dama que sostenía la antorcha fue: “Ella es el símbolo de los ideales estadounidenses. Miré esta estatua y en mi corazón oré que mis días en Estados Unidos los pasara con alegría y sin ningún problema”. Aún por cualquiera que fuese la razón por la que estaba en su situación actual, no se podía detectar ningún rastro de resentimiento o antagonismo hacia los estadounidenses y los Estados Unidos.

La mayor libertad

Aunque en un sentido restringido, Kano no fue privado de la mayor libertad de dar testimonio de su Señor. En Fort Meade, se sentó al menos una noche con sus compañeros prisioneros hasta la medianoche discutiendo sobre el cristianismo. Le había dicho a sus amigos cristianos en Michigan casi tres años antes: “Si escuchas muchas cosas sobre Japón y la guerra, recuerda que en algún lugar habrá un joven japonés que predicará el evangelio”. A menudo su audiencia era solo una: un estudiante universitario gruñón y descontento de Japón, o un compañero de origen alemán amante de la diversión. A menudo predicaba en los servicios regulares de oración.

El lunes 25 de mayo fue otro de sus grandes días. “Este es el día que debo recibir mi maestría. Trabajé duro para lograrlo, y cuando no me quedaba mucho más de un mes para completarla, fui apresado por el FBI. Fue una gran decepción. Gracias a la amabilidad de la universidad y los profesores pude continuar mis estudios en las estaciones de detención”.

El 15 de junio por la noche, cuando Kano y otros prisioneros estaban jugando un juego de béisbol, uno por uno, los miembros del

equipo fueron llamados para ser entrevistados por el capitán del ejército. La conversación de Kano con el capitán también está grabada en inglés.

“¿Eres Shiro Kano?”

“Sí, señor”.

“Hemos recibido una lista de repatriados del Departamento de Estado y tu nombre está en ella. ¿Todavía deseas ser repatriado?”

“Sí, señor, deseo ser repatriado”.

Kano volvió a su juego de pelota.

Capítulo 14

Adiós, Estados Unidos

Fort Meade, el caluroso lunes 8 de junio de 1942, parecía una gran área de carpas en tierra arenosa, enormes nubes de polvo que se agitaban donde había actividad. En una sección, una gran reserva cercada por enredos de alambre de púas mantuvo a los cientos de prisioneros de los Estados Unidos dentro de sus límites.

Después de pasar las puertas exteriores e interiores, estratégicamente ocultas en alambre de púas, después de pasar los centinelas y las ametralladoras colocadas en los varios ángulos del campo, un guardia condujo a la profesora Spangenberg a un gran salón parecido a un granero con bancos toscos.

Kano entró. El joven que había conocido se veía cansado, desgastado y viejo. Una gran pesadez parecía reposar sobre su espíritu.

Parecía reacio a hablar, y cuando lo hizo, su discurso se detuvo. En esencia, dijo: “Mi fe cristiana me sostendrá. Debo volver con mi gente. Tengo derecho a elegir entre la seguridad en Estados Unidos o el peligro en mi país. Si me quedo aquí, estaré confinado y no puedo ayudar a mi gente. Si me niego a ir con mi gente cuando puedo, me temo que nunca me escucharán. Pase lo que pase, espero nunca tener que tomar las armas contra Estados Unidos. Mi regreso significará pobreza y sufrimiento, tal vez la muerte. No hay tiempo. Ante Dios, creo que he tomado la decisión correcta”.

Boston University
School of Theology Library

Boston University

Sixty-Fifth Annual Commencement

Commencement Exercises



The Arena

Boston, Massachusetts

AT TEN THIRTY O'CLOCK
MONDAY MORNING, MAY TWENTY-FIFTH
NINETEEN HUNDRED AND FORTY-TWO

GRADUATE SCHOOL

MASTER OF ARTS (A.M.)

Robert Peterson Akeris, S.B.
Dennis Paul Baker, S.B.
Edward Paul Bancroft, A.B.
Everett Eli Barwood, A.B.
George L. Barwood, S.B.
Grace Lovola Barrett, B.S.S.
John Joseph Barry, S.B.
Barbara Cecelia Blaisdell, B.S. in Ed.
Ho.
Gladys Catherine Borenson, A.B.
John Joseph Brown, S.B.
John Thomas Scott Cavanaugh, B.S. in Ed.
Casper Buro Casas, A.B. in Ed.
Mary Alice Casper, B.S. in Ed.
Ian Robertson Clawson, S.B.
Shirley Ruth Clark, A.B.
John Joseph Clark, S.B.
Renold Martin Coyle, B.S. in S.S.
Ella Vera Collins, A.B.
John Joseph Collins, S.B.
Norman D. P. Lane, A.B. in Ed.
Alice Zepher Parslow, A.B.
Brynjulf Thorpe Ford, A.B.
John Joseph Ford, S.B.
Robert Howard Giddens, A.B.
Herbert Herring Goetz, A.B.
Mary Barbara Goodale, A.B.
Walter Gilbert Hamer, A.B.
John Joseph Hamer, S.B.
Josephine Westra Harter, S.B.
Mildred Leona Jernigan, A.B.
Shiro Kano, A.B., Th.B.
Natalie Henshall King, A.B.
Hazel V. Kunkin, A.B.
Ruth Ingeborg Larson, B.S. in Ed.
Ruth Ingeborg Larson, B.S. in Ed.
Anne Theresa Lavigne, B.S. in Ed.
William Percival Lester, A.B.
Dorothy Agnes Lombard, A.B.
William Joseph Mahoney, A.B.
Richard Lee Maney, A.B.
Louis Elizabeth McLaughlin,
B.S. in Ed.
Richard Nelson McLean, Jr., A.B.
Richard Nelson McLean, A.B.
Sandra Lynn Myers, A.B.
Florence Wilton Newcomb, S.B.
Cathleen Mary O'Connell, A.B.
John Bernard O'Hare, A.B.
Kessie Mary Inez O'Leary, B.B.A.
Lester James O'Leary, S.B.
Theodore Irving Rogg, Jr., A.B.
Helen Marie Ryan, S.B.
Hazel Dora Ryan, B.S. in Ed.
Ann Veronica Sandorff, A.B.
Kathleen Frances Shanley, B.S.
Joseph Solomon Slavi, S.B.
Ezra Louis Smith, S.B.
Pauline Elizabeth Cooley Smith,
Paul Edward Sutton, A.B., S.T.B.
Christine Cary Taylor, S.B.
Patricia Marjorie Taylor, A.B.
Mildred Catherine Thelley, B.S.
in P.A.L.
Kenneth Winslow Vander Wye,
Ralph Winslow Vander Wye,
Helen Winslow, S.B.
Hazel Peters Yonkos, B.S. in P.A.L.

Twenty-64

Con las pausas que inevitablemente acompañan a los momentos en que las palabras se arrastran y tropiezan, el reloj de arena —de 25 minutos arrebatado desde la eternidad— se estaba acabando rápidamente.

“Te traje tu diploma y el programa que incluye tu nombre como parte de la Universidad de Boston”, dijo la profesora Spangenberg.

Hubo silencio. Entonces, “Ahora quizás nunca pueda obtener mi Ph.D. dele mis saludos a todos los profesores y estudiantes que fueron tan amables, y no se olvide de los vecinos. Me gustaría mucho quedarme en Estados Unidos. Que el tema nacional nos separe físicamente, pero nunca espiritualmente”.

El guardia, que había estado escuchando toda la conversación, se levantó para irse. Kano extendió la mano para despedirse de su profesora y mentora, y la acompañó hasta la puerta. Un “Dios te bendiga” y “Dios también te bendiga y te guarde”, terminó la visita. El guardia condujo a la profesora Spangenberg más allá de las ametralladoras y el alambre de púas. Dentro del recinto, Kano subió la colina, con la cabeza erguida y la vieja sonrisa resucitó por el momento. Saludó con la mano hasta que su querida profesora desapareció en la curva del sinuoso camino.

“Mi profesora de inglés vino a verme esta mañana”, escribió. “Ella vino desde una gran distancia para solo una entrevista de 25 minutos. Era su deseo que siempre mantuviera mi fe y fuera leal a mi llamado a predicarle a mi pueblo”.

**“ Mi regreso
significará pobreza
y sufrimiento,
tal vez la muerte.
No hay tiempo.
Ante Dios,
creo que he tomado
la decisión correcta.**

Una historia dulce y triste

Al día siguiente, el presidente de la universidad, el Dr. G. B. Williamson, también pasó por los enredos de alambre de púas durante otros 25 minutos. “Pude ver que las experiencias que estaba pasando estaban teniendo su efecto en él, y sin embargo no detecté ningún espíritu de resentimiento”, fue la reacción del Dr. Williamson. “Todo lo que dijo fue en presencia de un guardia, pero mostró gran discreción y no indicó antipatía alguna por nuestro país. Tuve la seguridad de que él estaba convencido de que hacía lo correcto al pedir la repatriación.

“Cuando estaba listo para partir, le estreché la mano después de una oración en la que encomendé su vida a nuestro Padre Celestial. Me invadió una gran sensación de soledad y pesadez, porque tenía la

Toda la Escritura que he memorizado es lo único que me queda.

sensación de que, con toda probabilidad, nunca lo volvería a ver. Me siguió hasta donde pudo llegar al interior de la cerca de alambre de púas. Luego, cuando me volví y seguí mi camino, lo vi dar la espalda y caminar por el campo evidentemente con un corazón de plomo, pero con un coraje indomable. Mi recuerdo de Shiro Kano es una inspiración para mí. Siempre será una historia dulce y triste”.

Nuevamente los libros

Al día siguiente, 10 de junio, una procesión de 86 repatriados salió de Fort Meade hacia Japón. “Estaba bastante desesperado cuando todos mis libros fueron confiscados en Nueva York”, escribió. “Traté de salvar mi vieja Biblia que había usado durante los últimos 15 años, pero finalmente fracasé. Toda la Escritura que he memorizado es lo único que me queda. Ya sabes cuánto amaba los libros”.

Diecisiete días después: “Como saben, todos mis libros fueron confiscados en Nueva York, pero ahora lo he olvidado y tengo una gran esperanza y ambición por mis estudios en el futuro”.

Nunca llegó a enterarse del escrupuloso cuidado con el que el gobierno de los Estados Unidos trató todos sus preciosos volúmenes, ni se le informó que algunos de ellos ahora están en los estantes de la biblioteca de su universidad. El resto fue utilizado por sus amigos o escuelas ministeriales en su tierra natal.

Capítulo 15

Triunfo

Shiro Kano regresó a su propia gente en silencio en septiembre de 1942. Su llamado lo había traído de regreso a sus compatriotas para que pudiera ministrarles, no solo en medio del cataclismo en el que se había lanzado su nación, sino especialmente en el futuro, después de que la paz regresara nuevamente al mundo. Deliberadamente hizo su regreso lo más discreto posible.

Hidra de tres cabezas¹²

Su problema se había complicado. Antes, había sido, por un lado, seguir los dictados de una nación que él consideraba “equivocada”, “enferma”, pero “todavía mi país”, mientras que, por otro lado, seguía los preceptos suaves y sabios del Redentor del mundo. Ahora le preocupaba una tercera obligación: mantener la confianza en el país que lo había educado, le había dado nuevas oportunidades y había ampliado su horizonte. Mientras estaba en Fort Meade había escrito: “Pensé todo el día en mis amigos estadounidenses, la obligación y la responsabilidad que les debo”.

Una vez más en las guaridas de su juventud, Kioto, antigua ciudad de la paz, regresó a la casa de su padre. Todo lo que pidió fue que lo dejaran en paz para poder enseñar y predicar el evangelio de

la paz mientras su nación aún estaba en guerra. Pudo localizar a dos amigos de confianza. Al Rdo. Zenichi Murakami, su aliado cercano en el trabajo de la escuela dominical entre los niños. El otro amigo, el padre espiritual de Kano, el reverendo Nobumi Isayama, con quien se desempeñó como pastor asistente, escribió: “No solo Kano regresó altamente educado, sino que vimos un carácter muy refinado. Después de regresar a Japón, la mayor parte de sus actividades las dedicó a la enseñanza. Durante esos días de guerra, el cristianismo estaba atado de pies y manos. Estaba desanimado por la condición de todas las iglesias en Japón. Estaban bajo la fuerte presión del gobierno y no estaban haciendo mucho por el Señor. Los seguidores de Cristo estaban siendo observados constantemente a medida que avanzaba la guerra. Algunos fueron arrestados. Una de las ironías era que Kano había vuelto a casa para cumplir su llamado de predicar. Sin embargo, para mantener oculta su identidad, predicó solo unas pocas veces. No estaba tan contento de ser repatriado como se imaginó. Al menos pensó que regresó demasiado pronto.

El ejército otra vez

Finalmente, al darse cuenta de que la evasión ya no era posible, temiendo que la llamada fuera para el servicio de combate, Kano nuevamente enfrentó una decisión difícil. Un año después de su regreso, se unió a la marina japonesa como intérprete y se dirigió a los mares del sur. Pero su barco fue bombardeado y permaneció a flote durante ocho horas. Solo Dios conoce sus pensamientos durante ese tiempo. Después de ser rescatado, regresó a Japón, solo para zarpar nuevamente.

“Si escuchas muchas cosas sobre Japón y la guerra”, le había dicho a sus amigos de Michigan, “recuerda que en algún lugar habrá un

joven japonés predicando el evangelio”. Abajo, en los mares del sur, volvió a hacerlo, incluso mientras las batallas se libraban en el puesto avanzado de su isla. Una vez más, había mantenido conversaciones con un sacerdote de Buda y comparó la salvación de Buda con la salvación del Redentor del mundo.

Curiosamente, a su regreso a casa, el sacerdote buscó a algunos de los amigos de Kano, tan impresionado por su vida y su ministerio. “A menos que ese buen compañero Kano pueda escapar de esas islas rápidamente”, advirtió, “será como los otros hombres, atrapados en la llama de la guerra, para morir”.

“Todas las cosas”

Kano había probado el “todo” de Pablo (Filipenses 4:13) al máximo. Había experimentado pobreza, hambre, naufragio, bombardeos, encarcelamiento, renuncia, escrutinio por parte de investigadores de dos naciones enemigas, pruebas de fe más allá del poder de la mayoría. Ni una pulgada de sus lealtades, ideales ni fe se rendiría, aunque el costo fuera la muerte. ¿Qué era un enemigo más, el más gratificante y el último?

“A veces me parece”, escribió a su casa, “que los aviones caen como las hojas de un árbol barrido por el viento”. Un proceso natural: hojas de un árbol, que regresan al seno de la tierra que las nutrió; del alma, volviendo al seno de Dios, quien le dio vida y la vistió de inmortalidad.

Temprano en la mañana del 19 de enero de 1944, en las Islas Salomón, Shiro Kano fue alcanzado por los fragmentos de una



Shiro Kano, fiel hasta el final

batalla aérea. Había mantenido la fe con su madre budista, quien, en su última hora, había dicho: “Has elegido una vida difícil como predicador del evangelio. Pero no renuncies a tu fe hasta tu muerte.

No es la duración de los años mortales que el Señor requiere de un hombre; solo el regreso a Dios de su alma inmortal, vestida con las túnicas inmaculadas de su justicia. Y así, para Shiro Kano, con su cabeza que nunca se inclinó, tampoco él cedió ni se retiró, la hora de su muerte se convirtió en la hora de su triunfo. Solo podemos imaginar que podría haber pensado en estas palabras nuevamente mientras la vida fluía de su cuerpo: “El Señor, tu Dios, te ha llevado, como un hombre lleva a su hijo” (Deuteronomio 1:31).

Epílogo

Hoy, en el antiguo sitio de la antigua iglesia en Kyoto, donde Shiro Kano encontró al Dios verdadero, se encuentra la Iglesia Memorial Shiro Kano, dedicada en junio de 1958. La cruz en su torre de cuatro pisos brilla tranquilamente en el verde de los bosques que rodean el Palacio Imperial de Kioto.

Una nota de trompeta atravesando las campanas de un templo budista convocó a Shiro Kano a su primer encuentro con el Dios verdadero. La mano de Kano en el dorso de un joven japonés temeroso y desconcertado, John Kawamura, lo envió a buscar la Palabra de Vida. Si no se hubiera tocado una trompeta en las calles de Kioto, no se hubiera puesto una mano alentadora en un hombro, y esta Iglesia Memorial de Shiro Kano podría no existir hoy como una iglesia cristiana próspera.

Una cita imprevista

Tanto Shiro Kano como John Kawamura sirvieron en las fuerzas armadas de su país durante la Segunda Guerra Mundial. John, que no estaba disponible en la primera escritura de la historia de la vida de Kano, cuenta sobre un intento de reunirse con Kano en los mares del sur. Kano, que ansiaba ver a su viejo amigo, descubrió que estaba estacionado en Rabaul, en la isla de Nueva Bretaña, y fue a verlo. En vano, Kano buscó en el aeródromo a su viejo amigo. “Pero

en el almacén de los restos de personas fallecidas”, recuerda John, “Kano encontró todo mi equipaje. Se echó a llorar y se arrodilló para orar para que Dios, por todos los medios, protegiera a Kawamura. Desanimado amargamente, regresó a su base en las Islas Salomón. Supe sobre este incidente porque él le escribió al reverendo Nobumi Isayama”. Es dudoso que Kano supiera el otro lado de la historia. El día antes de que Kano aterrizara en Rabaul, John se había ido en una misión especial a Nueva Guinea.

Una deuda pagada

Durante mucho tiempo, Kawamura no tenía idea de dónde estaba Shiro. “Cuando escuché de su muerte”, dijo, “no pude levantar la cabeza. Me dije a mí mismo: “¿Por qué no oraste con más intensidad por Kano?” Pero debe haber sido un accidente inevitable porque muchas veces pensé que habría muerto durante la guerra si Dios no me hubiera ayudado”.

Para Kano, la vida después de su conversión al cristianismo fue una serie de decisiones radicales que tuvieron que tomarse, y las enfrentó de manera realista con los ojos bien abiertos. En 1927, el concepto japonés de familia seguía siendo el de una fuerte unidad. El sintoísmo y el budismo prevalecieron como las religiones tradicionales de cada hogar. Kano rompió el patrón familiar al abrazar la fe cristiana y, lo que es más, se convirtió en un propagador dedicado de este evangelio.

En el ejército, se negó a pagar lealtad a la religión nacional del sintoísmo. En su día, cuando Estados Unidos parecía tan lejos de Japón como la luna de la tierra, dejó a su familia para estudiar en una pequeña universidad de santidad en un suburbio de Boston y contó con el apoyo financiero de su hermano budista para hacerlo

realidad. Eligió trabajar con sus manos y así continuar su educación en Estados Unidos, en lugar de ir a luchar contra China. Arriesgó la repatriación y la posible muerte para sufrir con su gente y comunicarse honorablemente con ellos después de la guerra. No menospreciaba las tradiciones familiares, nacionalistas y religiosas de su país; en su lugar, siguió el llamado de Jesús y fue a través de la corriente a esas costumbres.

Todo lo que cualquiera puede hacer es lo mejor que él o ella sabe y es capaz de hacer, a la luz de las circunstancias existentes y la evidencia disponible en un momento dado. El resto se lo debe dejar uno a Dios.

Ondas abanicadas

Un pensamiento o un hecho rara vez muere con el pensamiento o el hacer. Una piedra arrojada a una piscina envía ondas que se extienden hacia el borde. La historia de Shiro Kano ha dado la vuelta al mundo. Aún hoy en día le habla a japoneses de todas las edades. En los hospitales, su historia ha pasado de paciente a paciente. Los misioneros en Sudamérica, India, África, Medio Oriente y otros países han contado a los jóvenes ciudadanos de alguien que compartió y resolvió sus problemas de elegir una religión y una forma de vida ajena a la religión y a las formas aceptadas de su cultura. Los jóvenes estudiantes estadounidenses lentos y desmotivados han leído su historia y se avergüenzan. Los japoneses estadounidenses y los japoneses nativos han asistido al alma mater de Shiro Kano, Eastern Nazarene College, debido a su vida e influencia.

“ Todo lo que cualquiera puede hacer es lo mejor que él o ella sabe y es capaz de hacer... en un momento dado. El resto se lo debe dejar uno a Dios.”

La seguridad y protección no necesariamente significan la aprobación de Dios en la vida de uno. Cualquier persona es menos que

Cualquier persona es menos que una persona si no tiene una o dos convicciones por las que estaría dispuesto a morir.

una persona si no tiene una o dos convicciones por las que estaría dispuesto a morir. A veces, el Todopoderoso le toma la palabra a personas como Kano.

Espera un año, espera diez años, cien años, diría. Espere el juicio de la historia, el veredicto de los años que pasan. Shiro Kano vivía más que el aquí y el ahora. Solo Dios y la eternidad revelarán cuán lejos han llegado las ondas de la vida de Shiro Kano. Al menos una onda llegó hasta ti. Acabas de experimentar su historia.

Conclusión

Para aquellos cuya memoria de la Segunda Guerra Mundial se limita a unos pocos párrafos en un libro de historia escolar, ofrecemos estas líneas como perspectiva para los años en que vivió Shiro Kano.

La Segunda Guerra Mundial fue más que batallas decisivas en países lejanos donde padres y hermanos y, a veces, hijas lucharon y murieron. La guerra cortó bruscamente los corazones de todos nosotros. Racionamiento, simulacros de ataques aéreos, turnos las 24 horas en fábricas de material de guerra, cartas censuradas de APO¹³, el tejido eterno de suéteres y calcetines en color caqui del ejército, el ansioso giro de los diales de radio para la última palabra desde el frente de batalla, y con demasiada frecuencia, los telegramas devastadores, que se convirtieron en el caleidoscopio diario de la vida estadounidense.

En el frenesí paranoico que siguió al bombardeo de Pearl Harbor, los estadounidenses hicieron algunas cosas crueles que ahora recordamos con vergüenza. Seguramente podría haber habido una mejor manera de manejar los peligros, reales o imaginarios, de una gran población japonesa-estadounidense en nuestra costa oeste, en lugar de vidas destrozadas y campos de detención de alambre espigado. Pero en la histeria de esos años de guerra, todos los alemanes y japoneses fueron vistos con hostilidad. Incluso *Eastern Nazarene College* en Quincy Bay estaba enredado en las sospechas del vecindario, ya

que algunas personas asociaron el término “Nazareno” con “Nazi” y sabían que “había algo extraño en esas personas”. Esta era la atmósfera en la que vivía Shiro Kano mientras se esforzaba por completar su preparación para el ministerio en ENC.

Para su crédito eterno, el presidente, la facultad y los estudiantes de ENC y muchos de la comunidad local respaldaron a Shiro Kano hasta el último día.

Alice Spangenberg, autora de *Oriental Pilgrim*, fue una de las personas atrapadas en la misma red de interrogatorios comunitarios. “Simpatizante del enemigo” fue una acusación fácil de disparar a la facultad de ENC que “albergaba a un enemigo extranjero en medio de ellos”. El graffiti ocasional de niños locales en las paredes de la universidad reflejaba el pensamiento de adultos atrapados en el frenesí de la guerra y buscando a alguien a quien odiar.

Para su crédito eterno, el presidente, la facultad y los estudiantes de ENC y muchos de la comunidad local respaldaron a Shiro Kano hasta el último día, tratando de salvarlo de la detención, y cuando no pudieron, visitándolo detrás de la alambrada; siguiéndole con sus lágrimas y oraciones cuando eligió la repatriación con la esperanza de mantener la puerta abierta a la evangelización de su pueblo cuando volviera la paz.

Alice Spangenberg fue sin duda la última persona que debería haber sido acusada de deslealtad a su país. Ella comenzó a escribir a cada estudiante de ENC que ingresó a los servicios armados de los EUA. El conteo pronto creció más de 100, pero sus cartas los siguieron fielmente, llevando noticias de casa, de la universidad, de amigos que conocían. Tan valiosas fueron estas cartas a los soldados solitarios que muchos de ellos, que regresaban a casa con una breve licencia,

se detenían primero para ver a la “Prof. Span” antes de regresar a sus familias.

Sin embargo, más allá de sus incansables esfuerzos de tutoría estudiantil y de escribir sus tantas cartas, el gran legado de Alice Spangenberg fue presentarnos a Shiro Kano, un caballero cristiano y académico. Nos regocijamos en el poder de Dios no solo para transformar, sino para mantener en todas las circunstancias, a quien Él ha redimido.

Helen Temple
Kansas City, Missouri

Una retrospectiva. Manos a la obra

Cada generación necesita un Shiro Kano, una historia de fe y esperanza duraderas en medio de pruebas y tragedias humanas como la que acaba de leer. Lo que lo hace convincente es su realismo cultural y religioso. No hay nada fabricado aquí, solo una vida auténtica transformada por un encuentro con Cristo.

Del mismo modo, cada generación de estudiantes merece sentarse bajo la tutela de una profesora como Alice Spangenberg, comprometida, rigurosa y exigente, pero viviendo una compasión que alimenta un propósito de vida y le da sustancia auténtica a la fe. Poseía una experiencia cristiana digna de confianza y que en medio de las incomodidades, decidió viajar al campo de al campo de internamiento japonés en *Fort Meade* en Maryland para encontrarse con Shiro una vez más antes de su regreso a Japón.

En los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, con los nervios emocionales aún en carne viva y las pasiones aún encendidas, los motivos de la historia de Shiro Kano fomentaron la reconciliación y la redención. La historia intrigó a sus audiencias porque ofrecía algo más que sospecha y miedo.

Hoy, con temas similares que se discuten en la plaza pública, la historia de Shiro sigue siendo fresca y obliga al lector a dismantlar

La historia de Shiro sigue siendo fresca y obliga al lector a dismantlar los prejuicios nacionales para abrazar la visión más amplia del evangelio y el reino justo de Dios.

los prejuicios nacionales para abrazar la visión más amplia del evangelio y el reino justo de Dios. Aquí hay poder no solo para perdonar el pecado, sino para purificar intenciones y transformar una vida.

El país que lo dio a luz, su Japón natal, y el país que lo adoptó, Estados Unidos, han tenido una conexión nazarena duradera durante 114 años. Hoy, las congregaciones nazarenas de Japón continúan dando testimonio del evangelio que invitó al investigador Shiro Kano a abrazar a Cristo y comenzar la increíble aventura que inspiraría a la profesora Spangenberg a narrar su vida para las generaciones futuras.

Ore por la Iglesia del Nazareno en Japón, por sus pastores y laicos, que en estos días de continuo desafío espiritual, algo del espíritu de Shiro Kano nos mantendrá (japoneses, estadounidenses y todos los nazarenos del mundo) conectados y comprometidos con el mensaje propicio del evangelio eterno.

Manos a la obra

1. “Cada generación necesita un Shiro Kano”. ¿Qué incidentes en la historia de Shiro nos demuestran una serie de cualidades positivas que todos necesitamos imitar? Por ejemplo, cuando se niega a inclinarse para honrar al emperador, ¿qué dice eso sobre su carácter cristiano?
2. En los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, las emociones eran crudas y la gente desconfiaba de los antiguos enemigos. ¿Cómo fomenta esta historia la reconciliación y la redención?
3. ¿Le sorprendió saber que Estados Unidos llegó a tener campos de internamiento durante la Segunda Guerra Mundial, protegidos por cercas de alambre de púas y torretas de ametralladoras? ¿Cómo la vida de Shiro Kano incita al lector a dismantelar los prejuicios nacionales y abrazar la visión más amplia del reino de Cristo?
4. ¿Cuáles son algunos temas similares de la historia de Shiro que se juegan hoy en nuestra sociedad?
5. ¿Cómo contribuyó *Eastern Nazarene College* al desarrollo de la fe cristiana y el desarrollo espiritual de Shiro Kano?

6. El país que lo dio a luz, su Japón natal, y el país que lo adoptó, Estados Unidos, han tenido una conexión nazarena duradera durante 114 años. Ore por las congregaciones nazarenas de Japón mientras continúan dando testimonio del evangelio que invitó a Shiro a abrazar el mensaje cristiano de salvación en Jesucristo.
7. Ore para que algo del espíritu de Shiro Kano nos mantenga, a la familia nazarena global conectada y comprometida con el mensaje propicio del evangelio eterno.

Notas finales

- 1 Shinto fue la religión estatal de Japón hasta 1945. Se remonta al siglo VIII y está marcado por el culto a los antepasados y los espíritus de la naturaleza.
- 2 Eastern Nazarene College es una universidad privada, cristiana y mixta de artes liberales y ciencias en Quincy, Massachusetts, Estados Unidos.
- 3 Oriental Pilgrim fue el título original de este libro cuando se lanzó en 1948 y nuevamente en 1990.
- 4 Dato interesante: "La campana del templo de Chionin (emitida en 1633) es la más pesada de Japón, con 74 toneladas. Se necesitan 17 monjes para sonar en la ceremonia de Año Nuevo". www.sacred-destinations.com/japan/kyoto-chionin
- 5 Un rescripto es un decreto oficial de edición.
- 6 Nippon / Nihon, literalmente "el origen del sol", son los nombres del país conocido como "Japón" en inglés.
- 7 Ser revisado por el emperador debía ser inspeccionado para saber si estaba listo, recibir felicitaciones por los logros e inspirar a las tropas.
- 8 el ron de laurel es un líquido cosmético y medicinal fragante destilado de las hojas de un laurel de las Indias Occidentales (*Pimenta racemosa*) de la familia del mirto o generalmente preparado a partir de aceites esenciales, alcohol y agua. Traducción del Diccionario Merriam-Webster (en inglés).
- 9 Un fude es un pincel de escritura.
- 10 Ahora, Boston University School of Theology en Massachusetts.
- 11 El 7 de diciembre de 1941 se produjo un ataque militar sorpresa en la base naval de los Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawai, EUA, Por parte del Servicio Aéreo Imperial de la Armada Japonesa. Un total de 2,335 soldados estadounidenses murieron, 1,143 resultaron heridos y 18 barcos fueron hundidos o encaillados. Sesenta y cuatro japoneses murieron en el ataque, y uno fue capturado, y 29 aviones se perdieron durante la batalla, y otros 74 resultaron dañados por el fuego antiaéreo. Esto marcó el comienzo de la participación de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

12 En la mitología griega, la Hidra era una serpiente de muchas cabezas. Resultó difícil de matar, porque sus cabezas volverían a crecer cada vez que se cortara una. Esta alusión se refiere a la dificultad de encontrar una solución a los muchos problemas que enfrenta Shiro Kano. Resolver un problema era ver a otros levantarse para tomar su lugar.

13 Oficina de Correos del Ejército